

OBJETO, CAMPO Y METODO DE LA CIENCIA POLITICA *

Gaetano Mosca

El campo de la ciencia política

Durante los siglos pasados ha surgido en los pensadores la hipótesis de que el fenómeno social, que se desenvuelve delante de su mirada, no es un mero producto de la casualidad, ni la expresión de una voluntad sobrenatural y omnipotente, sino más bien el efecto de tendencias psicológicas constantes que determinan el comportamiento de las masas humanas. Desde los tiempos de Aristóteles hubo un esfuerzo por tratar de descubrir las leyes y la forma de obrar de esas tendencias y el estudio, dedicado a este objeto, ha sido llamado *política*.

Durante los siglos XVI y XVII muchos escritores, particularmente en Italia, se dedicaron a la *política*.¹ Sin embargo, ellos, empezando con Maquiavelo, el más famoso de todos, no se ocuparon tanto de determinar las tendencias constantes en todas las sociedades humanas, como de las artes mediante las cua-

les un individuo, o una clase de individuos, podría obtener el poder supremo en una sociedad determinada y obstaculizar los esfuerzos de otros individuos o grupos que intentaran sustituirlo.

Se trata de dos problemas diferentes, que aun teniendo puntos de contacto, son sustancialmente distintos. La economía política estudia las leyes de las tendencias constantes que dentro de una sociedad humana gobiernan la producción y distribución de la riqueza; pero esa ciencia no equivale de ningún modo al arte de amasar y conservar la riqueza. Un economista competente podría ser incapaz de hacer una fortuna, y un banquero, industrial o especulador, podrán adquirir alguna comprensión del conocimiento de las leyes de la economía, pero eso no significa que las dominen y pueden, de hecho, hacer progresar su negocio aun con la más completa ignorancia de ellas.²

En nuestros días, la ciencia fundada por Aristóteles es un estudio dividido y especializado, por lo que más que una ciencia política,

* En este número incluimos el capítulo I de la obra *Elementi di scienza politica* de Gaetano Mosca, de su versión original en italiano de 1896, una de las obras más importantes para el estudio, la enseñanza y la profesión, tanto de las artes políticas como de las prácticas administrativas (N. del Ed.).

¹ Ferrari, *Curso Sugli scrittori Politici italiani*, Milán, 1862.

² Sobre la distinción entre política como arte de gobernar *STAATSKUNST* y política como ciencia del gobierno *STAATSWISSENSCHAFT*, ver: Hostzendorff *Prinzipien Der Politik*, Hambourg, 1887. Caps. I-II. Nos referimos a este asunto de nuevo en los capítulos I y VIII.

tenemos ahora a las ciencias políticas. Esto no es todo. Se han hecho esfuerzos para sintetizar y coordinar los resultados de esas ciencias y ello ha dado lugar al nacimiento de la sociología. Nuestros estudiosos del derecho público, al interpretar o comentar la legislación positiva, son casi siempre llevados por las investigaciones de las tendencias generales que han inspirado la legislación. Los historiadores también, al narrar la historia de las vicisitudes humanas, con frecuencia han buscado deducir del estudio de los eventos históricos, las leyes que los regulan y determinan. Tal fue el caso con Políbio y Tácito, entre los antiguos, con Guicciardini en el siglo XVI, con Macaulay y Taine en el siglo pasado.

Los filósofos, teólogos, juristas, todos los pensadores y en menor medida, quienes directa o indirectamente han escrito con la idea de mejorar la sociedad humana y han, por lo tanto, examinado las leyes que regulan su organización, pueden ser considerados, al menos en un aspecto, como estudiosos de la ciencia política. Resulta que una mitad del campo del pensamiento humano, una suma inmensa del esfuerzo intelectual que el hombre ha dedicado para profundizar en su pasado, sondeando su futuro, analizando su propia naturaleza social y moral, puede considerarse consagrado a la ciencia política.

Entre las ciencias políticas o sociales una rama ha obtenido tal madurez científica que, por la abundancia y la exactitud de sus resultados, ha largado a todas las demás bien atrás. Estamos pensando de la economía política.

Hacia el final del siglo XVIII algunos pensadores con gran capacidad separaron, de entre la masa de otros fenómenos sociales, los fenó-

menos involucrados en la producción y la distribución de la riqueza y, considerándolos aislados de otros datos, lograron determinar muchas de las leyes o tendencias psicológicas constantes a las cuales obedecen. Este método de separar fenómenos económicos de otros aspectos de la actividad social, junto al hábito en aumento de concebirlos como independientes de otros fenómenos, que afectan la organización de los poderes políticos, por una parte explica el progreso rápido de la economía política y, por la otra, señala la causa principal por la cual algunos postulados de esta ciencia están ahora sujetos a discusión. Si, por tanto, la economía política pudiera lograr coordinar sus propias observaciones, como ha aprendido en otras fases de psicología humana, podría tener mayores y tal vez más decisivos progresos.

Durante los últimos treinta o cuarenta años ha existido una tendencia a explicar los eventos políticos de la historia humana con base en consideraciones económicas. En nuestra opinión, este punto de vista es demasiado unilateral y exclusivo. Hay fenómenos sociales y políticos (por ejemplo, el surgimiento y la extensión de las grandes religiones, el renacimiento de ciertas nacionalidades antiguas, el establecimiento de algunas monarquías militares poderosas) que no pueden ser explicadas únicamente por las variaciones de la distribución de la riqueza o por el conflicto entre el capital y el trabajo o entre capital fijo y el circulante.

Sin embargo, las tendencias que regulan la organización de los poderes políticos no pueden ser estudiadas sin tomar en consideración los resultados de la Economía Política, una ciencia hermana de crecimiento más precoz.

El estudio de las tendencias mencionadas, que inspira el presente trabajo, lo llamamos *ciencia política*. Hemos escogido esa denominación, porque fue la primera que se usó en la historia del pensamiento humano, porque no ha caído aun en desuso y porque el nuevo término *sociología*, que muchos autores han adoptado desde la época de Auguste Comte, no tiene un significado determinado y preciso (en el uso común involucra todas las ciencias sociales, entre ellas la economía y la criminología, más que la ciencia directamente interesada en el estudio de los fenómenos que son más especial y adecuadamente designados como *políticos*).³

El método experimental

Una ciencia resulta siempre de un sistema de observaciones y que han sido hechas sobre un dato ordinario de los fenómenos, con un cuidado especial, con métodos apropiados y coordinados para revelar verdades incontrovertibles, que no hubieran sido descubiertas por la observación común y corriente de cualquier hombre.

Las ciencias matemáticas nos proporcionan la más sencilla y asequible demostración del desarrollo del procedimiento verdaderamente científico. En matemáticas, el axioma es el fruto de una observación que es accesible a todo mundo, y su verdad es aparente aun a la vista del hombre común; mencionando y coordinando el número de axiomas, obtenemos las pruebas para teoremas nuevos y más difíciles, la verdad de los cuales no se podría

ni adivinar ni probar por aquél que no estuviera entrenado en las ciencias matemáticas.

El procedimiento en física o en otras ciencias naturales es casi el mismo, pero en ellas el método comienza a complicarse por elementos nuevos. Para coordinar un número de observaciones sencillas con frecuencia no será suficiente obtener la demostración de una verdad que podríamos llamar *compuesta*, en otras palabras, no aparente a primera vista. En la mayoría de los casos, lo correspondiente al axioma en matemáticas, se obtiene solamente al través del experimento o de la observación prolongada, los cuales tienen valor cuando son llevados al cabo con métodos especiales y exactos, y por individuos que han sido adecuadamente entrenados en tales métodos. En las primeras épocas de las ciencias, el procedimiento usado normalmente coincidía con el resultado de una hipótesis afortunada, la cual era más tarde comprobada por experimentos y observaciones que, a su vez, explicaban muchas otras observaciones y hechos.

Un largo periodo de empirismo, de métodos de observación erróneos o imperfectos, de teorías equivocadas que han obstruido la coordinación útil de datos sobre fenómenos individuales, han precedido casi siempre un periodo estrictamente científico en esa ciencia. Así es que, por muchos siglos la astronomía y la química se debatían en errores y tonteras de astrología y alquimia. Sólo después de que las mentes humanas habían trabajado por largo tiempo sobre ciertos órdenes de fenómenos, dio a luz la riqueza de datos acumulados, mejores métodos, mejor material instrumental de observación, paciencia inflaqueable y la experiencia de intelectos poderosos que al fin triunfaron en producir esas hipótesis afortu-

³ El término *ciencia política* se ha usado, entre otros autores, por Holtzendorff, Bluntschli, Donnat, Scolarì, Beoughman y Sheldon.

nadas que han hecho que la ciencia verdadera sea posible.

El mero uso de la observación y de la experiencia dentro de un orden dado de fenómenos no asegura en sí, resultados verdaderamente científicos. Francisco Bacon estaba equivocado en lo que se refiere a la capacidad absoluta del método experimental para descubrir la verdad científica, y muchos otros pensadores y escritores de nuestro día albergan la misma ilusión. Como es bien sabido, Bacon comparó el método experimental —materia que había estado en uso mucho antes de su tiempo— al compás que permitirá a la mano no diestra trazar círculos perfectos; en otras palabras, obtener resultados científicamente ciertos.⁴ Podríamos añadir que si la observación y la experiencia deben proporcionarnos resultados consistentes, si las condiciones que hemos especificado antes son esenciales, mal usadas y con procedimientos científicos equivocados, conducen a descubrimientos falsos y pueden incluso dar una semblanza de tontería absoluta. Después de todo, la astrología y la alquimia estaban basadas en la observación; o más bien, el punto de vista desde el cual las observaciones eran coordinadas y llevadas a cabo, estaba profundamente equivocado. En sus *Disquisitione magical*, el famoso Martín del Río creía fundar sus observaciones de los hechos determinando las diferencias entre la magia del amor, la magia del odio y la magia que inducía al sueño, revelando el arte y las costumbres de las brujas y los malabaristas;

⁴ Macaulay, *Lord Bacon*, en *Critical and Historical Essays*, vol. II, p. 254. (El pasaje lee así: "Su filosofía parecía un compás o una regla la cual pone a ambas manos al mismo nivel y que capacita a la persona menos diestra a dibujar un círculo o línea tan correctos como el mejor dibujante sin precisar su ayuda". Y véase *Novum Organon*, Prefacio y I, p. 122.)

en realidad deseaba que sus observaciones ayudaran a que la gente detectara brujas y malabaristas para estar en guardia contra ellos. Así, los economistas anteriores a Adam Smith pensaban que se fundamentaban en la observación de hechos, cuando sostenían que la riqueza de una nación descansaba únicamente en el dinero y los productos de tierra. Don Ferrante, científico típico del siglo XVII, tan realistamente retratado por Manzoni,⁵ argüía hechos y experiencias que eran universalmente aceptados en su tiempo cuando mostró, razonando lo que era impecablemente lógico y positivo en todo lo que la apariencia podría mostrar, que la peste bubónica no podía ser contagiosa. El razonaba en la siguiente forma: *rerum natura* no hay nada más que substancia y accidente. El contagio no puede ser un accidente porque un accidente no puede pasar de un cuerpo a otro. No puede ser substancia porque las substancias son terrestres, ígneas, acuosas y aeriformes. Si el contagio fuese una substancia terrestre, sería visible; si acuosa, sería mojada; si ígnea, quemaría; si aeriforme, subiría a lo alto hasta alcanzar su propia esfera.

Aún, hoy día, la ciencia política no ha entrado aún en el periodo realmente científico. Aunque un estudiante pueda aprender de ella muchas cosas que escapan a la atención del hombre común, no parece ofrecer un cuerpo de verdades incontrovertibles, reconocida en todas las tendencias, entre quienes en esta disciplina son versados, y mucho menos haber adquirido un método de investigación que sea confiable y universalmente aceptado. Las causas de esta situación son múltiples, pero al presente no podemos dedicar nuestra atención

⁵ *I Promessi Sposi*, Cap. XXXVII.

a este propósito. Diremos solamente que tales causas deben ser atribuidas no tanto a deficiencia de talento en los hombres que han meditado la materia de la política, como de la gran complejidad de los fenómenos involucrados en la materia y, especialmente, de la circunstancia que, hasta hace una década, era virtualmente imposible conseguir información exacta y completa de los hechos sobre los cuales nos vemos obligados a depender al tratar de descubrir las leyes o tendencias constantes que determinan la organización política de las sociedades humanas.

Tanto como los podamos creer incompletos o defectuosos, es también nuestro deber el hacer un rápido repaso de los diversos métodos o sistemas de ideas que hasta ahora haya procedido a estudiar la ciencia política. Algunas han sido, y aun lo son, algo más que justificaciones más o menos filosóficas, teológicas o racionales de ciertos tipos de organización política que por siglos han jugado, y en algunos casos siguen jugando, un papel importante en la historia de la humanidad. Como veremos al presente, una de las tendencias sociales más constantes es aquella que justifica, mediante una teoría racional o una creencia sobrenatural, la forma existente de gobierno. Habíamos tenido al respecto una pretendida ciencia política al servicio de sociedades de las cuales la creencia en lo sobrenatural aún predomina sobre las mentes de los hombres y, en la cual, por lo tanto, el ejercicio del poder político encuentra su explicación en la voluntad de Dios (o de los dioses); y habíamos tenido, y aún tenemos, otra ciencia política que legitima ese poder al concebirlo como libre y espontánea expresión de la voluntad del pueblo, o de la mayoría de los individuos que componen una sociedad dada.

Entre los diversos sistemas o métodos de observación política, debemos interesarnos más especialmente por aquellos que son más objetivos y universales y que tienden a descubrir las leyes que explican la existencia de todas las formas diversas de régimen político que aparecen en el mundo. El primero de estos dos métodos hace depender la diferenciación política de las diversas sociedades del ambiente físico, y más particularmente en el clima; el otro lo hace depender principalmente de las diferenciaciones físicas y, en consecuencia, sicológicas, entre las diferentes razas humanas. El primero hace énfasis en el criterio del ambiente físico, el otro, en el criterio étnico o somático. Ambos ocupan un lugar importante en la historia de la ciencia y en la ciencia contemporánea y son, al menos aparentemente, tan positivos y experimentales en su carácter, que no podemos ser dispensados de entrar en la materia de su valor científico actual.

Teoría de la prevalencia del ambiente físico

Desde los días de Herodoto e Hipócrates, hasta el siglo presente, grande es el número de escritores que han tratado la influencia del clima sobre los fenómenos sociales en general y especialmente sobre los fenómenos políticos. Muchos han tratado de demostrar esa influencia y han establecido sistemas científicos completos sobre ella. Entre éstos, ocupa el primer lugar Montesquieu, quien ha hecho énfasis en la influencia preponderante del clima sobre la organización moral y política de las naciones. "Conforme más nos acercamos a los países del sur", escribe,⁶ "parece que nos alejamos de la

⁶ *Esprit des Lois*, libro XIV, Cap. 2.

moralidad misma", ya que la libertad es incompatible con los países cálidos y nunca prospera donde florece la naranja. Otros autores sostienen que la civilización pudo haber nacido en los países cálidos, pero conceden que su centro de gravedad se ha trasladado continuamente hacia el norte y que los países que están políticamente mejor organizados se encuentran localizados en el norte.⁷

Ahora bien, para empezar, debemos argumentar que el clima de un país no depende exclusivamente de latitud sino que depende también de otros factores, como su nivel sobre el mar, localización, vientos prevalecientes, etc. No todo el ambiente físico depende del clima, o sea, de las variaciones termométricas o hidrométricas. Concurren a determinarlo otras circunstancias, por ejemplo, la mayor o menor población que una región pueda tener y, en consecuencia, el grado de desarrollo que su agricultura haya adquirido y el modo de producción agrícola más comúnmente en uso. Los habitantes de un territorio dispersamente poblado, cubierto de pastos y bosques, viven en un ambiente físico diferente al de la gente que habita en un terreno densamente poblado y, por tanto, intensamente cultivado.

Es innegable que la influencia que el clima pueda tener sobre toda la vida y la organización política de un pueblo, debe disminuir constantemente con el crecimiento de su civilización. El reino vegetal está sin duda más expuesto a las inclemencias atmosféricas y telúricas porque, a menos que las plantas sólo sean cultivadas en invernaderos, se encuentran absolutamente carentes de medios para reac-

cionar y defenderse de las influencias externas. Los animales están mejor capacitados, sus medios de defensa y reacción no les son del todo imposibles. El hombre primitivo, en estado salvaje, está mejor equipado, pues sus medios de defensa son superiores; aun más lo está el hombre civilizado, que dispone de suficientes recursos para sentir relativamente poco los efectos de los cambios de clima y, continuamente, está perfeccionando sus recursos e incrementando su número día a día.

Aceptando esa premisa, debemos detenernos en un concepto obvio y aceptable: que las primeras grandes civilizaciones nacieron en lugares donde la naturaleza ofrecía más facilidades o menos obstáculos; generalmente florecieron en amplios valles de clima cálido y bien irrigados que, con relativa facilidad, propició la agricultura de cereales necesaria para el sostenimiento de una gran población humana asentada en un espacio relativamente reducido. La densidad adecuada de población es una condición casi indispensable para el nacimiento de una civilización; la civilización no es posible donde unos cientos de seres humanos están desparramados sobre mil millas cuadradas de tierra. Pero, si muchos hombres han de vivir en una extensión relativamente pequeña (digamos por lo menos diez o veinte habitantes por milla cuadrada), es necesario el cultivo de cereales. De hecho, encontramos que el surgimiento de la civilización china fue contemporánea o posterior al cultivo del arroz; las civilizaciones egipcia y mesopotámica estaban basadas en el trigo, el centeno, la pastura, en tanto que las civilizaciones americanas aborígenes en el maíz. En unos cuantos países tropicales ciertas frutas, como el plátano, o algunas raíces harinosas o como la yuca, pudieron haber sustituido a los cereales.

⁷ Mougeolle, *Statique des Civilisations y Les Problemes de l'Historie*, ver también Bluntschi, *Politik als Wissenschaft*.

Esta inducción ha sido corroborada por la historia y muestra que las primeras civilizaciones de los valles del Nilo, Eufrates, Ganges y Río Amarillo, como las de la planicie del Anáhuac, contienen todas las condiciones físicas que hemos mencionado. Una vez que el hombre se ha establecido en un lugar excepcionalmente favorable y organizada su fuerza a modo de dominar la naturaleza, puede luego vencerla en otros lugares, incluso donde se muestra más inhóspito. En nuestros días, con excepción de las regiones polares, unos cuantos lugares, posiblemente alrededor del Ecuador y en ciertas áreas por malaria o excesiva aridez, que ostentan condiciones desfavorables, todas las demás son o pueden ser susceptibles de albergar pueblos civilizados.

Prevalencia de los nortehños sobre los sureños

El principio por el cual la civilización siempre se expande del sur al norte, o de las regiones cálidas o las frías, es una de estas fórmulas simplistas que tratan de explicar fenómenos complejos mediante una causa única. Está fundado en un fragmento de la historia, un solo periodo en la civilización europea y en un aspecto superficialmente estudiado. Desde el punto de vista de la geografía, al examinar un mapa del norte de Alemania o de Siberia, se puede deducir la ley de que todos los ríos corren del sur al norte, porque es verdad que en estos países las montañas están situadas en el sur y los mares en el norte. La regla podría ser invertida si observara el sur de Rusia, y América del Sur podría proporcionar una tercera ley: que los ríos corren del oeste al este. La verdad es que, sin referencia alguna a la latitud o a la longitud, los ríos corren de arriba para abajo, de las montañas o planicies ha-

cia los mares o lagos. Si llamáramos tierras *bajas* a los sitios que ofrecen menor resistencia, se podría decir que la ley regula la expansión de la civilización es análoga. El movimiento de la civilización fluye indiferentemente de sur a norte y de norte a sur, pero se extiende de preferencia en la dirección en la cual se encuentra con la menor resistencia natural y social y, entendemos por esto último, el impacto de otras civilizaciones originales que se expande en sentido inverso a la primera.

La civilización china, nacida en las provincias centrales del imperio, estaba bloqueada al norte por planicies estériles y congeladas del altiplano de Asia Central, mientras que al sur podía fluir no sólo hacia las provincias sureñas de China, como hacia la propia Indochina. La civilización del Indostán, encontrando al norte la casi insuperable cadena del Himalaya, presionó del norte al sur de la India septentrional al Deccan y desde ahí hasta Ceylán y Java. La civilización egipcia se extendió hacia el norte, hasta que se encontró en Siria septentrional con la poderosa confederación de los Hititas, en otras palabras, con el impacto de otra civilización. Por el contrario podía expandirse mayormente hacia el sur, siguiendo el curso del Nilo de Menfis a Tebas y de Tebas a Meroe. Recordemos que ahora se ha probado que las primeras dinastías florecieron en Tanis y Menfis, que Tebas adquirió importancia sólo hasta después de la invasión de los pastores y que Etiopía fue civilizada por los egipcios y sólo mucho después se convirtió en un reino independiente.

Herederas de las culturas antiguas de Mesopotamia, la civilización persa se extendió del este al oeste, dirección en la cual se encontró con menos obstáculos naturales, hasta que

chocó con la civilización griega. La civilización greco-romana abarcó toda la cuenca del Mediterráneo, limitándose al sur por desiertos insuperables, al este por la civilización oriental formada por el imperio Parto, posterior al persa, y al norte extendiéndose hasta que topó con los pantanos y bosques, en ese tiempo infranqueables, del norte de Alemania y Escocia. La civilización mahometana estaba bloqueada al sur por el mar y el desierto, debiendo avanzar hacia el noroeste. En la Edad Media, la civilización europea, que fue detenida al sur por la civilización árabe que le sustrajo la parte meridional de la cuenca del Mediterráneo, se movió hacia el norte absorbiendo Escocia, al norte de Alemania, Escandinavia y Polonia. Hoy la civilización de Europa se extiende en todas direcciones, dondequiera que haya tierras dispersamente pobladas y fáciles de colonizar o naciones decadentes que aguardan un conquistador.

El centro de una civilización, fluya en una dirección u otra, parece moverse en conformidad con la ley que acabamos de mencionar. Los países que se establecen en las fronteras de un tipo de civilización humana, no son por lo general los que están más adelantados en ella. Cuando la civilización europea abarcó toda la cuenca del Mediterráneo, Grecia misma y el sur de Italia estaban en el centro del mundo civilizado y eran los países más prósperos, más cultos, más ricos; cuando llegaron a ser los centros más importantes de la civilización frente al mundo mahometano, declinaron. En un país dado, en que las condiciones estén equilibradas, la parte más civilizada y próspera es casi siempre aquella que tiene los medios de comunicación más adecuados con los países que constituyen el foco o el centro de radiación de la civilización al cual el país

mismo pertenece. Por ejemplo, en Sicilia, la parte más próspera y civilizada fue la costa oriental donde se asentaba la antigua civilización helénica que había trasladado su centro al oriente de la isla.⁸ Durante el periodo árabe, la más culta, rica, populosa, fue la Sicilia occidental, más cercana a Africa, donde irradiaba la civilización mahometana.⁹ Hoy la mayor población y riqueza está en la costa norte de la isla, que mira hacia el norte de Europa.

Hipótesis muy arriesgada es aquella que atribuye una moralidad superior a pueblos del norte, comparándolas con los pueblos del sur. La moralidad resulta de cualidades tan complejas de la mente y del espíritu y las circunstancias externas dentro de las cuales se desenvuelve la vida humana juegan una gran parte en las expresiones positivas y negativas de la moralidad, que el determinar si un solo individuo es *potencialmente* más moral que otro es de sí difícil; es realmente difícil hacer el mismo juicio con respecto a dos sociedades, dos masas humanas compuestas de numerosos individuos. Los datos estadísticos en este argumento no pueden decirnos todo, con frecuencia fracasan aún en decirnos lo suficiente y las impresiones personales, casi siempre demasiado subjetivas, son más falaces que las estadísticas. Hablando en general, existe una forma poco conocida de inmoralidad que provoca una mayor impresión y nos inclina a juzgar a las personas de otro país como peores a nosotros. Más aún, estamos comúnmente acostumbrados a considerar como menos moral al país al que llegamos a conocer primero

⁸ Beloch, "La Poblazione della Sicilia Antica" y véase: *Die Bevölkerung der Griechisch-Römischen Welt*, cap. VII, pp. 261-305.

⁹ Amari, *Storia di musulmani in Sicilia*.

o más completamente y a valorar ciertos vicios y debilidades que, realmente son propias a todos los hombres.

El vicio que más comúnmente se atribuye a los sureños, es la lujuria, mientras la embriaguez es más generalmente imputada a los norteños. Y sin embargo, se puede observar que los negros del Congo se embriagan más vergonzosamente que los campesinos rusos o los trabajadores suecos y que la lujuria parece más habitual en las costumbres de los pueblos y que el tipo de organización de cada pueblo es el resultado de una serie de circunstancias históricas que ha creado una influencia más profunda que la del clima mismo. Antes de convertirse al cristianismo, San Vladimiro, el zar que fue canonizado y llegó a ser el santo patrono de todas las Rusias, tenía más mujeres en su harem que las que tenía el califa Harún-al-Rashid; Iván el Terrible emuló y superó en crueldad como en lujuria a Nerón, a Heliogábalus y al más sangriento de los sultanes del Oriente. En nuestros días hay tal vez más prostitución en Londres, París y Viena, de la que jamás hubo en Babilonia o Delhi. En la Europa de hoy, Alemania lleva la delantera en crímenes contra el sexo y luego, en orden descendiente, le siguen Bélgica, Francia, Austria y Hungría. Italia está cerca del final de la lista y España está al último.¹⁰

Muchos criminalistas perciben en el sur el predominio de los crímenes por violencia o por ofensas contra la persona, mientras que acreditan al norte un porcentaje más alto de ofensas contra la propiedad.¹¹ Pero Tarde y Coajanni han mostrado en conclusión que las relaciones como las que se han encontrado

entre el clima y los tipos de crimen, deben ser atribuidas esencialmente a las diferencias en condiciones sociales, como las que se encuentran en diversos lugares de un país determinado.¹² Es verdad que en Estados Unidos, Francia e Italia, los crímenes por violencia normalmente prevalecen en el sur, mientras que en el norte de esos países son frecuentes los crímenes contra la propiedad. Pero, como Tarde también lo ha señalado, en estos países los sectores del sur son más pobres en medios de comunicación y se encuentran más alejados de las grandes ciudades industriales y los centros de la civilización actual, que las regiones del norte; es de esperarse entonces que las formas violentas de crimen predominen, independientemente del clima, en las regiones menos desarrolladas y que los crímenes que requieren más habilidad y astucia sean más comunes entre los mejor educados.

Esto, de hecho, debería dar una explicación más adecuada del fenómeno. Los departamentos franceses muestran que las cifras más elevadas de crímenes por violencia (Ardèche y Lozère, en parte oriental de los Pirineos) se encuentran, por lo tanto, al sur de Francia, pero son regiones muy frías por ser la parte montañosa del país. En Italia, la Basilicata muestra uno de los más elevados porcentajes de crímenes por violencia, pero es una región montañosa y relativamente fría; los picos de Matese, el Gargano y el Sila están cubiertos de nieve la mayor parte del año como lo están las altiplanicies de ciertos pueblos de Sicilia que son célebres por las acciones que involucran sangre y bandolerismo.¹³

¹⁰ Colajanni, *La Sociologia Criminale*, vol. II, Cap. 7.

¹¹ Maury, *Lombros, Ferri*, Publica.

¹² Tarde, *La Criminalite Comparee*, Cap. IV.

¹³ Para otros ejemplos, véase Coajanni, *La Sociologia Criminale*, Vol. II, Cap. 7.

Variedad en la organización política y diversidad climática

Prosигuiendo en el aspecto estrictamente político de la cuestión, debemos notar que antes de decidir si los sureños no son aptos para la libertad debemos llegar a una comprensión del significado exacto de *libertad*. Si asumimos que el país más libre es aquel donde los derechos de los gobernados son mejor protegidos contra el capricho arbitrario y la tiranía de los gobernantes, debemos estar de acuerdo en que las instituciones políticas que son consideradas como superiores desde ese punto de vista, han florecido tanto en países fríos como en países muy templados, como Grecia y Roma. En contraste, los sistemas de gobierno basados en la voluntad arbitraria de los gobernantes pueden ser encontrados en países muy fríos, como Rusia.

La forma constitucional de gobierno no tuvo un comienzo más vigoroso en Inglaterra que en Aragón, Castilla y Sicilia. Si Montesquieu hubiera extendido sus viajes un poco más hacia el sur, hubiera encontrado establecido en Sicilia un orden político bajo el cual, aún en sus días, la autoridad real estaba mucho más limitada que en Francia.¹⁴ Concediendo que en nuestra época los diversos sistemas representativos pueden ser considerados por lo menos como formas imperfectas de gobierno, los encontramos con toda su fuerza igualmente en el norte y sur de Europa, pero fuera de Europa probablemente funcionan tan bien en la fría Canadá como en el Cabo de Buena Esperanza, donde el clima, si no es cálido, es bastante moderado.

La razón por la cual los del sur serían menos aptos para formas más libres e ilustradas de gobierno, podría ser solamente ésta: que ellos poseen menor vitalidad física y, especialmente, menor energía moral e intelectual. Es de hecho, comúnmente creído con base en la energía superior que se expresa en un espíritu trabajador, en la guerra, en el aprendizaje, que los norteños están destinados siempre a ser los conquistadores de los sureños incapaces. Pero esta opinión es más superficial y contraria a los hechos que hemos anteriormente refutado. Es un hecho que las civilizaciones que surgieron y se desarrollaron en climas cálidos y muy moderados han legado monumentos que testimonian una avanzada cultura y una capacidad incalculable para el trabajo, que resulta más asombrosa en cuanto se recuerda que estos pueblos no dispusieron de la máquina, que ahora centuplica la fuerza del hombre.

La laboriosidad de un pueblo no depende tanto del clima, como de los hábitos que son gran parte determinados por las vicisitudes de la historia. En general, los hábitos de laboriosidad de los pueblos de civilizaciones antiguas, proviene de su larga experiencia agrícola y de que por largo tiempo han gozado de un régimen político tolerable que aseguró al trabajador una parte, al menos, del fruto de su esfuerzo. Por el contrario, los pueblos bárbaros, semibárbaros o sumidos en una barbarie parcial, habituados a vivir en parte de la guerra y la rapiña, fuera de la guerra y la cacería eran indolentes y perezosos. De hecho, en cuanto tales describe Tácito a los antiguos germanos; en forma similar, los pieles rojas de América del Norte y los kalmuks de Asia son excesivamente perezosos, aunque los primeros vivieron una vez, y los segundos aún viven, en países sumamente fríos. Al contrario, muy labo-

¹⁴ Sobre la importancia y extenso desarrollo de la vieja Constitución de Sicilia véanse dos tratados clásicos de Gregorio, *Introduzione Allo Studio del Diritto Pubblico Siciliano* y *Considerazioni Sulla Storia di Sicilia*.

riosos son los chinos de las provincias del sur y muy tenaces son los labriegos egipcios. La ausencia de industria en gran escala en las partes más al sur de Europa ha creado y continúa sosteniendo la impresión de que sus habitantes son trabajadores indolentes, pero cualquiera que conozca a estas gentes bien sabe que poco, en general, la reputación es merecida. Se puede tomar a Sicilia como ejemplo: esta isla, con un área total de como 25 mil kilómetros cuadrados, sostiene una población de más de tres millones de habitantes, o sea alrededor de 120 habitantes por kilómetro cuadrado. No hay grandes industrias, ni gran abundancia de capital, su suelo es en gran parte montañoso, rico en sol pero pobre en agua; si una población ha de vivir con cierto grado de comodidad bajo tales condiciones, la tierra debe ser arada con grandes esfuerzos y con cierto nivel de eficiencia técnica.*

Si asumimos que la superioridad militar es una prueba de mayor energía, es difícil en verdad decidir si los norteamericanos han vencido y conquistado a los sureños con más frecuencia que las veces que los sureños han vencido y conquistado a los norteamericanos. Los egipcios eran sureños y en su apogeo barrieron triunfalmente sobre Asia tan lejos como las montañas de Armenia; los guerreros asirios vivían en los cli-

* El ejemplo de Sicilia, que en la edición original de 1896 constituía una nota al calce (págs. 17 y 18), en la segunda edición de 1923 (fuente de la publicación norteamericana de 1938, utilizada en la presente traducción) fue insertada como parte final del penúltimo párrafo del párrafo VIII, respetando íntegramente su texto; únicamente se modificaron las cantidades alteradas por el incremento demográfico de la Isla y las equivalencias entre kilómetros y millas. En consecuencia, al retener el texto el espíritu y las implicaciones tal y como se pueden observar en su estructura, decidimos reproducirlo íntegramente conforme la edición de 1896. (N. del E.)

mas más moderados y, sin embargo, aunque podamos deplorar su brutalidad, no podemos dejar de maravillarnos de su energía indomable en la guerra. Los griegos eran sureños, pero lograron conquistar todo el occidente de Asia y, a fuerza de armas, superioridad colonizadora, comercial e intelectual, helenizaron toda la parte oriental de la cuenca del Mar Mediterráneo y una parte del Mar Negro. Los romanos también eran sureños y sus legiones invadieron los campos de Dacia, penetraron los bosques inaccesibles de Alemania y persiguieron a los pictos y caledonios hasta los más profundos escondites de sus montañas salvajes y oscuras. Los italianos en la Edad Media eran sureños e ingeniaron prodigios en la actividad militar, industrial y comercial; sureños eran también los españoles del siglo XVI, esos famosos conquistadores que, en menos de medio siglo exploraron, invadieron y conquistaron la mayor parte de América. Los seguidores franco-normandos de Guillermo el Conquistador eran del sur, comparados con los ingleses y, sin embargo, en unos cuantos años fueron capaces de casi del todo apropiarse a los habitantes del sur de Gran Bretaña y de echar a los ángeles, a punta de espada, en contra de la antigua muralla romana; y los árabes eran sureños en un sentido absoluto y así, en menos de un siglo, impusieron su conquista y, con la conquista, su idioma, religión y su civilización sobre una porción generosa del mundo, en forma similar como los anglosajones modernos han conquistado y colonizado en el curso de muchos siglos.

Diversidad en la composición del suelo

Las diferencias en organización social determinadas por la configuración del suelo, pueden ser consideradas como secundarias respecto

de aquellas debidas a las variaciones de clima, aunque tal vez puedan ser consideradas más importantes. No se puede negar el hecho de que si un país es más o menos plano o montañoso, si se encuentra situado en las grandes vías de comunicación o se encuentra apartado de ellas, son factores que ejercen una influencia mucho mayor sobre su historia que algunos grados más o menos de su media termométrica; la importancia de estos factores no debe ser exagerada al punto de hacer de ellos una ley fatal. Ciertas circunstancias topográficas que, dadas en algunas condiciones históricas son favorables, en otras condiciones se convierten en contrarias y a la inversa. Cuando toda Europa se encontraba aún en la Era de Bronce y en la temprana Edad de Hierro, Grecia estaba en una situación sorprendentemente favorable para ostentar el liderazgo en esa parte del mundo; porque, con preferencia a cualquier otra civilización, estaba mejor ubicada para recibir las infiltraciones de las civilizaciones egipcia y asiática. Pero en la época moderna, hasta la apertura del istmo de Suez, Grecia, era uno de los países situados menos favorablemente en Europa, pues se encontraba lejos del centro de la cultura europea y de las grandes vías del comercio trasatlántico y de las Indias Orientales.

Otra opinión ampliamente difundida en estos argumentos es que los montañeses son generalmente superiores a los de las tierras bajas y están destinados casi siempre a conquistarlos. Ciertamente es menos infundada que aquellas que atribuyen una gran superioridad a los pueblos del norte, porque si es discutible que un clima frío es más saludable que uno templado o cálido, parece acertado que las montañas son casi siempre más saludables que las tierras de abajo y una salud

mayor implica una constitución física más fuerte y, por tanto, mayor energía. Pero no siempre una mayor energía individual va unida a una mayor fortaleza en organización de la estructura social, de la cual, después de todo, depende la decisión de que un pueblo sea dominante o dominado.

Para un organismo político sano, que une y dirige las energías de grandes masas de hombres, es más fácil que surja o se mantenga más adecuadamente sobre las planicies que en los países montañosos. De hecho vemos en Turquía y en el cercano Oriente que, aunque los montañeses circasianos, kurdos y albanos, con frecuencia han logrado ser importantes como individuos, sus bandas, al servicio de los imperios limítrofes, con frecuencia han llegado a ser fuerzas poderosas y temidas; Albania, Circasia y Jurdistán nunca han sido, en tiempos históricos, núcleos de grandes imperios independientes, sino que, por el contrario, siempre fueron absorbidos dentro de las órbitas de los grandes organismos políticos que tocaban sus fronteras.¹⁵ Los suizos también han tenido gran importancia como individuos y como cuerpos mercenarios, pero Suiza como nación nunca ha rebasado sensiblemente las escalas políticas de Europa.

La historia muestra, en general, que si bandas intrépidas de montañeses con frecuencia han devastado, más que conquistado, las llanuras, con más frecuencia los ejércitos organizados de los de tierras bajas han aplastado los esfuerzos aislados de los montañeses reduciéndolos a sumisión permanente. Los romanos conquistaron a los samnitas, mientras que los

¹⁵ Saladino era kurdo y Mehemet Ali albanos. Los famosos mamelucos, quienes gobernaron a Egipto por muchos siglos, eran circasianos.

samnitas pudieron vencer a los romanos solamente en batallas ocasionales; y en la Gran Bretaña, bandas de escoceses montañoses algunas veces invadieron y devastaron el norte de Inglaterra, mientras que los ingleses de las tierras bajas vencieron y conquistaron con más frecuencia a la montañosa Escocia y terminaron por dominar sus impulsos guerreros y asimilarla por completo.

Por tal razón, los pueblos de las llanuras no están necesariamente desprovistos de energía o escasamente dotados de ella. Basta pensar que los holandeses, los alemanes del Norte, los rusos, los ingleses, son en su gran mayoría habitantes de los lugares bajos, para comprender cuando una argumentación similar está poco fundada.*

Teoría de la determinación política por la diversidad racial

El método que hace depender de la raza el progreso y la civilización que un pueblo ha logrado, así como el tipo de organización política que ha adoptado, es mucho menos antiguo que aquel otro que considera al clima como el árbitro de todo. No podía ser de otra forma, ya que la antropología y la filología comparada, sobre las cuales se basa la clasificación científica de la humanidad, son ciencias muy recientes: Broca y Grimm vivieron en el siglo XIX, mientras que la información aproximada en lo que se refiere a dife-

rencias climatológicas estaba a la mano en aquellos años desde la época de Herodoto.

Sin embargo, aunque de advenimiento tardío, la tendencia etnológica en las ciencias sociales ha sido correspondientemente agresiva; y las últimas décadas del siglo XIX atestiguan el esfuerzo por interpretar toda la historia humana sobre la base de diferencias raciales a influencias raciales.¹⁶ Se ha marcado una distinción entre razas superiores y razas inferiores, atribuyendo a las primeras, civilización, moralidad y capacidad para organizarse en unidades políticas más grandes; reservando a las últimas la suerte dura, fatal, de desaparecer bajo el yugo de las razas superiores, siendo conquistada o civilizada. A lo más se concedía de que pudiesen seguir viviendo en forma independiente, pero sin lograr el grado de cultura y la perfecta organización social y política, que era propia de los pueblos de estirpe privilegiada.

Renán escribió que la poesía espiritual, la fe, la libertad, el honor, el sacrificio propio, aparecieron en el mundo sólo con el advenimiento de las dos grandes razas que, en cierto sentido, habían modelado la humanidad: la aria y la semítica.¹⁷ Para Gobineau el grupo blanco era más puro, el más fuerte, el más inteligente. Lapouge lleva la doctrina a sus últimas consecuencias; no sólo la raza verdaderamente moral y superior en todo es la aria, sino que en ella misma se conservan sólo aquellos individuos que conservan puro e incontaminado el tipo ario: los hombres altos, rubios y dolicocefalos.

* Montañeses está traducido para *Highlanders*; los de las tierras de abajo para *Lowlanders*. Son términos identificados especialmente en Escocia y que se refieren a los habitantes de las regiones de este país y del norte de Inglaterra: *The Highlands* y *The Lowlands*. (N. T.)

¹⁶ Véase, entre otros, Quatrefages, Cumptowics, Lapouge y Hellwald, Gobineau: *Essai Sur L'Inegalite des Races Humaines* aparecido en 1853.

¹⁷ *VIE DE JESUS*, Cap. I. En otras obras Renán habla de los semitas en términos nada halagadores.

Sin embargo, entre las naciones que se hacen pasar como Indogermánicas, los individuos de este tipo constituyen sólo una pequeña minoría dispersa entre una mayoría de menudos, morenos, branquicéfalos. Los verdaderos arios, por lo tanto, son muy numerosos en Inglaterra y Norteamérica, escasos en Alemania encontrándose sólo en las clases altas siendo muy raros en Francia y el sur de Europa. Moselli se une a la tesis de Lapouge, sosteniendo la superioridad de los rubios sobre los morenos porque las naciones más civilizadas son aquellas en las que los rubios prevalecen en número y, dentro de cualquier país dado, la región más altamente civilizada es aquella en la que el número de rubios es más numerosa.¹⁸

Acorde con la escuela que sostiene la superioridad innata y fatal de algunas razas humanas, hay otra que, sin estar en oposición absoluta a ella, está más directamente vinculada a las teorías de Darwin, tan ampliamente aplicadas a las ciencias sociales durante la segunda mitad del siglo pasado. Spencer es el escritor más famoso de esta segunda escuela, que tiene numerosos seguidores: sin sostener la superioridad inevitable e inquebrantable de una raza sobre otras, creen que todo el progreso social logrado y por lograrse provino por vía de la evolución orgánica y superorgánica. Una lucha continua, la lucha por la existencia, siempre se está desarrollando *dentro* de cada sociedad; como resultado, los individuos más fuertes y mejores, son los que están mejor adaptados

a su ambiente, sobreviven a los más débiles y menos adaptados y propagan su especie con preferencia a los últimos, transmitiendo a sus descendientes, en una herencia innata, las cualidades adquiridas por el proceso lento de la educación, fruto de su victoria. La misma lucha se desarrolla continuamente entre las sociedades mismas, por lo cual las sociedades más sólidamente constituidas o compuestas por individuos más fuertes, conquistan a las sociedades que están ventajosamente dotadas, las cuales, desalojadas hacia territorios menos favorables al progreso humano, son condenados a permanecer en un estado de inferioridad eterna.

Una diferencia sustancial entre ambas teorías se da en este punto: aunque aceptando la teoría monogénica de que todas las razas humanas se derivan de un mismo tronco, es cierto que sus características diferenciales son muy antiguas y se deben haber fijado en edades extremadamente remotas, cuando el hombre no había aún rebasado su estado de vida salvaje y era cuando más apto se encontraba para sentir la influencia de los agentes naturales con los que llegaba a estar en contacto. Es cierto que la raza aborígen americana tenía las mismas características físicas que tiene hoy, en una época prehistórica muy remota; en unos relieves egipcios muy antiguos, que datan de unos veinte siglos antes de nuestra era, las figuras de negros, semitas y egipcios nativos muestran las características físicas que aún los distinguen. Aceptando la teoría estrictamente etnológica, las razas superiores deben ya haber poseído sus características de superioridad en el amanecer de la historia y las han retenido casi inalterables; pero la teoría propiamente evolucionista infiere, implícita y explícitamente, que la lucha por la existencia

¹⁸ Concediendo todo esto por amor a la discusión, sería aun necesario mostrar que en el pasado las razas morenas u oscuras nunca fueron más civilizadas o más poderosas que las rubias. Si en algún tiempo lo estuvieron, la superioridad presente de las naciones y provincias donde el pelo rubio es más común podría más bien deberse a otras causas.

ha tenido sus efectos prácticos más recientemente y que esa lucha atribuye el progreso a la decadencia de varias naciones y civilizaciones durante el periodo histórico.

Teoría de la superioridad racial

Antes de considerar la superioridad o inferioridad de las razas humanas, se debe determinar el valor de la palabra *raza*, porque en ocasiones es usada en un sentido amplio, en ocasiones en sentido muy estrecho. Se dice raza blanca, amarilla y negra, indicando la variedad de la especie humana, distinta no sólo por el idioma, sino por diferencias anatómicas suficientemente importantes y palpables; se dicen puras las razas aria y semítica, para indicar subdivisiones dentro de la raza blanca, las cuales, aunque hablan diferentes idiomas, puede ser probado que filológicamente están unidas por el origen común, que sus diferencias físicas son mínimas y que el miembro de un grupo puede ser tomado como perteneciente del otro. Ahora, en este caso, como siempre, la confusión de las palabras conduce a la confusión de ideas: la diferencia de las razas vale tanto para explicar ciertas diversidades en la civilización política entre blancos y negros, como para explicar diversidades similares entre latinos, germanos y eslavos; mientras que en el primer caso el coeficiente etnológico puede tener un significado real, para el segundo casi ninguno.

También debemos tener en la mente que en los tiempos históricos y prehistóricos, la mezcla de razas, particularmente entre las más afines, era frecuente. En este último caso, puesto que las diferencias físicas entre razas mezcladas son de escasa importancia y sobre todo fácilmente perceptibles, la clasificación

se ha basado sobre afinidades filológicas más que en características anatómicas. Pero el criterio lingüístico es todo, menos confiable e infalible. Puede suceder con frecuencia y sucede así, que dos grupos que están estrechamente emparentados por la sangre, hablen idiomas que sólo tienen un parentesco filológico remoto, mientras que los pueblos de raza diferentes pueden hablar idiomas y dialectos que están próximamente afiliados en cuanto a las raíces de las palabras y estructura gramatical. Por cuanto más dudosa pueda parecer esta afirmación a primera vista, hay muchos ejemplos y circunstancias que la prueban; generalmente los pueblos conquistados, cuando son menos civilizados que sus conquistadores, adoptan sus leyes, artes, cultura y religión de los segundos y con frecuencia terminan por adoptar su idioma.

Los idiomas y civilizaciones de los griegos y romanos gozaron de una maravillosa expansión gracias a su adopción por parte de los bárbaros. En Francia el sustrato de la población es aún cimbro-celta, pero el francés es esencialmente un idioma neolatino. En España la sangre vasca probablemente predomina en el norte, pero en el sur la mezcla de sangre árabe-berebérica debe ser muy fuerte. En Italia hay diferencias étnicas apreciables entre los italianos del norte y los italianos del sur y de las islas, pero los dialectos variados son esencialmente neolatinos.

Abandonando la esfera de influencia del latín, encontramos que los fellah, labriegos descendientes de los antiguos egipcios, han olvidado la lengua antigua de miariam y adoptado el árabe, que ha llegado a ser el más general al través del Irak, Arabia y Siria, así como el idioma más hablado entre los bere-

beres africanos. En la India los dialectos de origen sánscrito son hablados por poblaciones donde el color de la piel y las características faciales muestran una fuerte mezcla, a la vez que el predominio de sangre dravídica. En Silesia, Brandenburgo, Pomerania y la antigua Prusia, el alemán es el idioma de las poblaciones que eran en parte eslavas o léticas. En nuestros días, finalmente, los celtas de Irlanda del Norte y Escocia, crecientemente han adoptado el inglés.

Estas consideraciones son obvias; pero podemos continuar haciendo clasificaciones etnográficas, especialmente de los pueblos europeos, con referencia única al criterio filológico. A decir verdad, en defensa de este sistema que puede aducir que a semejanza del idioma, engendrando en ciertos pueblos un mayor cambio de ideas y sentimientos, contribuye a darles una semejanza del tipo intelectual y moral mucho más fuerte que aquella que se atribuye al parentesco consanguíneo.

Teniendo todo esto en cuenta, nos parece un hecho establecido que las razas más primitivas, aquellas que los antropólogos llaman bajas, los fuegianos australianos, los bosquimanos, etc., son física e intelectualmente inferiores a otros. Si esta inferioridad es innata, si siempre ha existido o si debiera ser atribuida a la desolación de la tierra que los pueblos habitan, a la escasez de los recursos que ofrece y a la extensa pobreza, es un asunto que no es ni esencial ni indispensable para ser respondida. Después de todo, estas razas representan solamente una fracción muy pequeña de la humanidad, fracción que está rápidamente disminuyendo ante la expansión de la raza blanca, secundada a su vez, en muchos lugares, por la infiltración de la raza amarilla.

Con espíritu de justicia huelga reconocer que la prosperidad de las razas blanca y amarilla en lugares donde los aborígenes apenas lograron subsistir, no ha sido completamente debido a la superioridad orgánica que los primeros alardean poseer. Los nuevos habitantes portan conocimientos y medios materiales que los capacitan para obtener abundante subsistencia en aquellas zonas, que en sí mismas son casi nulas. El nativo australiano por siglos y siglos estaba feliz con perseguir al canguro, matar pájaros con su *boomerang* y, en último caso, comer una lagartija; mas debemos reconocer que no tenía medios de procurarse semillas de grano, plantas comestibles o pastos para rebaños de ovejas, que sólo estaban a disposición de los colonos ingleses.

Es aún más difícil el concluir sobre la inferioridad de las razas americana y negra. Desde tiempos inmemoriales estuvieron en posesión de extensos territorios, en los cuales se pudieron haber desarrollado civilizaciones poderosas. En América antigua, en México, Perú y otros sitios se desarrollaron poblados imperios de los cuales no podemos determinar exactamente el grado de su cultura, puesto que fue su mala suerte el desmoronarse bajo el acecho de unos cuantos cientos de aventureros españoles. En Africa hubieron Estados e imperios de los negros, como el de Uganda, pero ninguno por sí solo logró un grado de cultura comparable al de los Estados más antiguos fundados por la raza blanca o amarilla, como los imperios chino, babilonio o egipcio antiguo, en los cuales la raza civilizadora no era la negra. Parecería, de acuerdo con esto, que una cierta inferioridad se podría atribuir a primera vista tanto a los indios americanos como a los negros.

Pero cuando las cosas van de un modo, no es siempre lícito asumir que van necesaria e infaliblemente a andar de ese modo. Es dudoso que el hombre haya existido en el periodo Terciario, pero ha sido científicamente comprobado que su antigüedad se remonta a los principios del periodo Cuaternario y que la edad del hombre, por tanto, tiene que estar computada no en miles de años sino en cientos y tal vez miles de siglos. Ahora, las razas, como lo habíamos ya asentado, debieron formarse en una época muy remota y, tratándose de periodos tan largos, el hecho de que una raza haya arribado treinta, cuarenta y aun cincuenta siglos primero a un perfeccionamiento de la cultura, no es una prueba infalible de su superioridad orgánica. Las circunstancias externas, con frecuencia fortuitas, el descubrimiento y uso del metal, cosa que puede suceder más o menos de acuerdo con la región, la obtención o ausencia de plantas o animales domesticables, puede acelerar o retardar el progreso de una civilización, o incluso, alterar su historia. Es innegable que si los indios americanos hubieran conocido el uso del hierro —hipótesis que no es del todo imposible porque conocían otros metales, como el oro y el cobre— o si los europeos hubieran inventado la pólvora dos siglos después de que lo hicieron, los europeos no hubieran destruido tan rápidamente o tan completamente las organizaciones políticas de aquéllos. No deberíamos olvidar que cuando una raza ha arribado a una civilización madura, si entra en contacto con otra que se encuentra en un estado de barbarie, por una parte le ofrece una cantidad de herramientas y conocimientos útiles, pero por la otra, perturba profundamente, cuando no del todo, su desarrollo espontáneo y original.

Los blancos no sólo han casi destruido o subyugado a los indios americanos, sino que

por siglos han embrutecido y empobrecido a la raza negra con el alcohol y el tráfico de esclavos; se debe convenir en que la civilización europea no sólo ha contenido, sino ha impedido, todo esfuerzo para que negros e indios pudiesen haber alcanzado la civilización por su propio ímpetu.

Las diversas ramas de la raza india americana, así como los polinesios, australianos y otras de las razas humanas de las más miserables, no han sabido soportar el contacto con el hombre blanco y desaparecen rápidamente ante su avance. La verdad es que los blancos privan a las razas de color de sus medios de subsistencia, antes de que esas razas se hayan habituado al uso de los nuevos medios de subsistencia que son introducidos por los blancos. Ordinariamente los territorios de cacería de las tribus primitivas son invadidos y los animales salvajes son destruidos antes de que el nativo pueda adaptarse a la agricultura. Más aún, las razas civilizadas pueden comunicar sus enfermedades a los menos civilizados, mientras que los últimos son incapaces de tomar medidas preventivas o curativas que el progreso científico y la larga experiencia ha enseñado a los blancos. La tuberculosis, la sífilis y la viruela probablemente harían tal desorden entre nosotros, como lo hicieron en ciertas tribus primitivas, si tratáramos de prevenirlas y curarlas exclusivamente con los medios que los salvajes tenían a su disposición.

¿Son los pieles rojas y los negros inferiores a los blancos, como individuos? Sabemos que una mayoría contestarían súbita y enérgicamente que sí, mientras que otras con igual presteza y resolución dirían que no; a nosotros nos sería difícil afirmarlo o negarlo con toda seguridad. Los observadores raramente omiten

el señalar en grupos estrictamente primitivos de estas razas a individuos que son sobresalientes por cualidades tanto de inteligencia, como de corazón. Donde los aborígenes americanos se han mezclado con los blancos y adoptado su civilización, no han dejado de producir hombres distinguidos en casi todas las ramas de la actividad humana y, bajo condiciones idénticas, los negros pueden alardear de una lista igualmente larga de nombres. Debemos confesar que, en una y otra raza, la lista de individuos conspicuos es bastante corta al compararse con el número de individuos que han tenido y tienen la posibilidad de disfrutar las ventajas ofrecidas por una vida civilizada. Pero algún peso hay que dar a la respuesta dada a Henry George por un docto obispo negro:¹⁹ que los niños negros en las escuelas logran estudiar tan bien como los blancos y se muestran tan despiertos e inteligentes hasta la edad de diez o doce; pero que tan pronto como empiezan a darse cuenta que pertenecen a una raza que se juzga inferior y que a ellos no está reservada otra suerte que la de ser cocineros o porteros, pierden interés y caen en la apatía. No se puede negar que en gran parte de Norteamérica los hombres de color son considerados generalmente como criaturas inferiores, que deben ser necesariamente relegadas al estrato social más bajo o que si las clases desheredadas entre los blancos llevarán en sus caras el sello indeleble de inferioridad social, sería cierto que pocos individuos entre ellos tendrían la energía de levantarse hacia una posición social superior a la que ellos han nacido.

Si alguna duda tiene que surgir en lo que se refiere a la aptitud de los negros y de los in-

dios americanos en cuanto a lo que son formas más elevadas de la civilización y organización política, toda perplejidad desaparecería en lo que se refiere no sólo a los arios y los semitas, sino a razas como la mongólica, la amarilla y hasta la raza morena, que en la India vive mezclada con la raza aria y que se ha fundido también con la amarilla en el sur de China, en Indochina y tal vez en el Japón. La suma de estas razas forman ciertamente más de las tres cuartas partes o tal vez cuatro quintos de la humanidad entera. No decimos nada de la raza polinesia, la cual ha mostrado aptitudes superiores, pero, siendo escasos en número y estando dispersados sobre pequeñas islas, no han sido capaces de crear ninguna gran civilización.

Los chinos lograron fundar una civilización muy original, que maravillosamente sobrevivió y más maravillosamente ha sabido expandirse. En gran parte, ramas de la civilización china son las culturas del Japón y de Indochina, en tanto que los sumerios y acadios, que fundaron la primera civilización Babilonia, parecen haber pertenecido a la rama Turania. La raza morena parece haber desarrollado la antiquísima civilización del Elam o Susiana y aparentemente existió una cultura autóctona en la India antes de la llegada de los arios. Egipto debe su civilización a la raza que se dice sub-semítica o raza bereber, y Nínive, Sidón, Jerusalén, Damasco y puede que hasta Sardis, pertenecían a los semitas. Hacer referencia a la civilización más reciente de los árabes mahometanos parece ser superflua.

Teoría del genio de la raza

Sin adherirse a la superioridad o inferioridad absoluta de alguna raza humana, muchos

¹⁹ *Progress and Poverty*, Libro X, Cap. 11, p. 2.

creen que cada una posee cualidades intelectuales y morales especiales y que éstas necesariamente corresponden a ciertos tipos de organización social y política, de la cual su espíritu o, mejor dicho, el *genio* particular de la raza, no permitirá que se destruya.

Ahora, haciendo las debidas concesiones por las exageraciones admitidas en este argumento, teniendo siempre presente el gran fondo humano que se reservan los pueblos en todos los tiempos, no se puede negar que, por no decir que cada raza, pero sí cada nación, cada región, cada ciudad, presenta un cierto tipo especial no uniforme y precisamente definido, el cual consiste en un cuerpo de ideas, creencias, opiniones, sentimientos, costumbres y prejuicios que son para cada grupo de seres humanos lo que las líneas de la cara son para cada individuo.

Esta variación en tipo podría seguramente ser considerada como una consecuencia de la diversidad física, de la variedad de la raza, de la sangre diferente que corre por las venas de cada nación, pero si no encontrara su explicación en otro hecho, uno de los más auténticos y constantes es aquel que nos ofrece la observación de la naturaleza humana. Nos referimos al mimetismo, esa gran fuerza psicológica por la cual cada individuo suele adquirir las ideas, las creencias, los sentimientos, que son más comunes en el ambiente en el que ha crecido. Salvo raras excepciones, se piensa, se juzga y se cree, como piensa, juzga y cree la sociedad en la cual vivimos; de esto se observa que el aspecto que generalmente es más notado por las personas que nos rodean, es aquel en el cual el individuo desarrolla preferentemente aquellas actitudes morales e intelectuales que son más comunes y más estimadas del ambiente humano en el cual se ha formado.

De hecho, la unidad del tipo moral e intelectual se encuentra más reforzada en un grupo de personas que no tienen nada especial en común con la sangre y la raza. Valga el ejemplo del clero católico, el cual, disperso por el mundo entero, conserva siempre una singular uniformidad de creencias, de actitudes intelectuales y morales y de costumbres. El fenómeno es más impresionante en las diversas órdenes religiosas, es notoria la maravillosa semejanza de un jesuita italiano con un jesuita francés, alemán o inglés. Muchas semejanza se encuentra en el tipo militar que es común de casi todos los grandes ejércitos europeos, y un tipo intelectual y moral podrá existir aún más en regimientos separados de la milicia, en academias militares y aun en colegios seculares; ahí donde un ambiente especial se haya establecido, dando vida a una especie de forma psicológica que plasma a su manera a todos los individuos que se integran a ella.

No estamos inquiriendo por ahora cómo los grandes ambientes nacionales, o mejor aún, cómo las grandes corrientes psicológicas abrazaron a toda una civilización y los prosélitos de una religión, que han nacido, vivido y desaparecido de la escena del mundo. Más bien este estudio equivale a revisar la historia de toda la parte civilizada de la humanidad; pero podemos decir con seguridad que las circunstancias históricas peculiares a cada uno de los grandes grupos de la humanidad han principalmente formado ambientes especiales, ya mencionados, y que las nuevas circunstancias históricas son las que modifican y destruyen estos ambientes. El papel que el parentesco sanguíneo y la raza han jugado en la formación de los variados ambientes morales e intelectuales, es en el fondo poco y difícilmente apreciable, aun cuando el factor etnológico parezca a primera vista preponderante.

Podemos citar el ejemplo de los hebreos, que estando dispersos entre otros pueblos, han, por siglos y siglos, conservado maravillosamente su tipo nacional. Mas invita al punto tener presente que los hijos de Israel siempre han vivido espiritualmente apartados de las poblaciones en medio de las cuales han vivido y, por tanto, siempre han estado en un *ambiente especial*. Como bien dice Leroy-Beaulien,²⁰ el judío moderno es producto del aislamiento en el cual ha sido tenido por siglos en el Torah, el Talmud y el ghetto. La progenie de las familias que se convierten al Cristianismo o al Islam, raramente retienen las características de sus antepasados, mientras que el judío no convertido conserva mejor su tipo especial en países donde vive más apartado. Un hebreo de la pequeña Rusia o de Constantinopla es mucho más judío que ninguno de los correligionarios que han nacido o crecido en Italia o Francia, donde el ghetto es ahora sólo un recuerdo.

Los inmigrantes chinos en América adoptan la civilización blanca en muchos aspectos, pero su tipo mental permanece incambiable; los chinos en California y en algunos otros estados, siempre se integran dentro de un ambiente chino. En la Turquía europea y asiática, los turcos, los griegos, los armenios; los judíos y los levantinos, conviven en las mismas ciudades, pero no se funden ni modifican sus razas, pues a pesar del hecho de vivir en contacto material, están espiritualmente separados porque cada grupo tiene su propio ambiente especial. La gran tenacidad con la cual el tipo inglés nacional se sostiene como tal, comparado con otras nacionalidades de Europa, es una consecuencia de la poca sociabilidad de los ingleses, como colonos en países

extranjeros, hacia los nativos, lo cual los inclina a constreñirse en un reducido ambiente británico.

Muchos casos se podrían citar en los cuales la afinidad étnica entre dos pueblos constituye un vínculo casi imperceptible comparado con los vínculos que resultan de las semejanzas de religión o de la comunidad de historia y de civilización.

Los etnólogos han descubierto que un húngaro está más relacionado con un chino o con un turco, que con un francés o a un alemán; pero ¿quién reclamaría que él está más cerca moral e intelectualmente a los segundos que a los primeros? Los arios mahometanos de Persia y del Indostán ciertamente tienen más afinidad moral con los árabes y los turcos, que con sus parientes europeos; y los judíos establecidos desde hace mucho en Europa occidental, seguramente se sienten espiritualmente más cerca con los pueblos entre los que habitan, que con los árabes, que son parientes sanguíneos, pero que han adoptado la civilización oriental.

El así llamado genio de la raza, por tanto, no tiene nada de predestinado o inevitable, como a algunas gentes les place imaginar. Aun concediendo que las diversas razas "superiores", susceptibles de crear su propia y original civilización, son orgánicamente diferentes unas de las otras y no la suma de las diferencias orgánicas que han determinado exclusiva o aun principalmente las diferencias del tipo social que ellas han adoptado, es más bien la diversidad del contacto social y de las circunstancias históricas, a las cuales no sólo cada raza, sino cada nación y cada organismo social, están destinadas a sostener, la que determina semejante superioridad.

²⁰ *Les juifs et l'anti-sémitism.*

La teoría evolucionista y la lucha por la existencia

La cuestión de la raza en este punto estaría resuelta si todo el mundo estuviera de acuerdo en que los cambios orgánicos y psicológicos —por los cuales una raza humana podría ser modificada durante un periodo extenso en la historia, por ejemplo, por veinte o treinta siglos— son casi inapreciables y virtualmente insignificantes. Mas, lejos de ser una creencia generalmente aceptada, prevalece ahora una escuela que, fundada en postulados diferentes y aplicando a las ciencias sociales las doctrinas de Darwin sobre la evolución de las especies, sostiene que cada grupo humano puede hacer adelantos orgánicos considerables en periodos relativamente cortos, de los cuales provendría el perfeccionamiento político y social.

Ahora, sin discutir ni negar las teorías de Darwin sobre la transformación de las especies, y concediendo la descendencia del hombre de un hipotético *Antropopitecus*, una cosa nos parece cierta, indiscutible y perceptible a primera vista: que la famosa lucha por la existencia y la selección natural, que le es consecuente, como está descrita en las plantas, en los animales y en el hombre salvaje, no existe en las sociedades humanas que han logrado un estadio muy elemental de civilización. La ansiedad para encontrar tal lucha en las sociedades humanas es en parte debida al extraordinario éxito de la hipótesis de Darwin al ser aplicada a las ciencias naturales, fortuna que debía tentar fuertemente las mentes sistemáticas para extender la aplicación de la hipótesis a otros campos. Pero también es el efecto de un equívoco, de la confusión de dos hechos, que sustancialmente son diferentes, aunque aparentemente tienen puntos de con-

tacto; esta confusión es fácilmente explicable en las mentes fuertemente predisuestas a favor del sistema evolucionista. Para poner la situación en unas cuantas palabras, la lucha por la *existencia* ha sido confundida con la lucha por la *preeminencia*, la cual es realmente un hecho constante que surge en todas las sociedades humanas, desde las más civilizadas hasta las que apenas han rebasado el estadio salvaje.

En una lucha entre dos sociedades humanas, la sociedad vencedora moralmente, o casi siempre, no destruye a la vencida, sino que la somete, la asimila, le impone su propio tipo de civilización. En nuestros días, en Europa y América la guerra no tiene ningún otro resultado que la hegemonía política para la nación que prueba ser superior en un sentido militar, o la anexión de alguna provincia; incluso en los tiempos antiguos, cuando Grecia luchaba contra Persia y Roma contra Cartago, la organización política, la existencia nacional de los pueblos vencidos, era algunas veces destruida, pero individualmente, aun en los peores casos, era generalmente reducida a servidumbre en vez de ser pasada por el filo de la espada. Casos como el de Segunto y de Numancia, la toma de Tiro por Alejandro el Magno y la de Cartago por Escipión, han sido siempre absolutamente excepcionales. Los asirios en el antiguo Oriente y los mongoles en la Edad Media, fueron los pueblos que más frecuentemente practicaron el uso del exterminio sistemático de los vencidos, pero aun ellos lo hicieron como medio de persuadir con el terror la sumisión de los otros pueblos, más que como un medio en sí; y en verdad no puede decirse que un solo pueblo haya sido objeto de una destrucción total debido a tales excesos.

A propósito de las poblaciones enteramente destruidas por los vencedores, se cita el caso de los tasmanios, los australianos y los pieles rojas; pero la verdad es que esas tribus salvajes, muy escasas en número o dispersas sobre territorios enormes, perecieron y están pereciendo principalmente porque la agricultura y la civilización absorbente han disminuido el abastecimiento de la gran cacería que constituía el medio principal de su subsistencia. En las regiones donde los pieles rojas han podido adaptarse a una agricultura rudimentaria, han podido sustraerse de la destrucción. En México y en Perú los nativos eran numerosos porque habían alcanzado la etapa agrícola, y a pesar del genocidio cometido por los conquistadores españoles, hoy forman una gran mayoría de la población. En Argelia la cruel y sangrienta conquista hecha por los franceses, no redujo el número de los nativos.

Si pensamos en el fermento interno que crece en el seno de cada sociedad, notamos inmediatamente que la lucha por la preeminencia es mucho más importante que la lucha por la existencia. La competencia entre individuos de cada núcleo social ha llegado a su punto más elevado, y la riqueza, el mando y la conquista son medios que han dado la facultad para dirigir muchas actividades y muchas voluntades humanas. Los vencidos, que en esta lucha son naturalmente los más, no son, como suele caracterizarse sustancialmente en la *struggle for life*, ni devorados, ni destruidos, ni tampoco impedidos de la reproducción de la especie; solamente gozan de menos satisfacciones materiales y, sobre todo, de menor libertad e independencia. Así, se puede decir que, generalmente, en la sociedad las clases inferiores, lejos de ser gradualmente eliminadas por la vía de la llamada selección natural,

son más prolíficas que las superiores y es cierto que en aquellas clases cada individuo al final casi siempre consigue un pan y una mujer; en cuanto a lo primero, puede ser más o menos negro y duro, la segunda, más o menos atractiva y deseable.

La poligamia de las clases superiores es el único argumento que se puede citar a favor del principio de la selección natural aplicando a la sociedad bárbara y civilizada. Pero aunque este argumento es débil, porque la poligamia humana no corresponde siempre a una mayor fecundidad y porque las sociedades que son preferentemente polígamas son las que han tenido un menor progreso social; la selección natural se ha mostrado más impotente ahí donde ha tenido un mayor medio de acción.

Proceso político y mejoramiento físico de las razas

Con base en estas observaciones, que equivalen casi a una cuestión dudosa, viniendo en otro orden de ideas, es fácil revelar que si el progreso de una raza y de una nación dependiera del mejoramiento orgánico en los individuos, la visión del mundo debería presentar una trama bien diferente de la que conocemos. El progreso moral, intelectual y aun social de cada pueblo, debería ser más lento y más continuo. La ley de la selección natural, combinada con la ley de la herencia, debieran llevar a cada generación a señalarle un paso, pero sólo un paso, hacia adelante de aquella que la ha precedido; y no debemos admitir que, como es frecuente en la historia, un pueblo en dos o tres generaciones den muchos pasos hacia adelante, o a la inversa, muchos hacia atrás.

Casos de progresos rápidos y decadencias vertiginosas son tan comunes, que casi no vale la pena el citarlos. Unos ciento veinticinco años intervinieron entre la época de Pisítrato y la de Sócrates, pero en esos años el arte, el pensamiento, la civilización helénica, tuvieron inmensurables progresos para transformarse, de un pueblo apenas salido de la barbarie, a una Grecia que trazó las más asombrosas, las más profundas, las más inolvidables páginas en la historia del progreso humano. No mencionamos el caso de Roma porque, a decir verdad, la influencia helénica jugó una gran parte en su rápido pasaje de la barbarie a la civilización; la Italia del Renacimiento está cronológicamente sólo a un siglo de distancia de la Italia de Dante, pero en ese lapso el ideal artístico, moral y científico, cambia enteramente por un fermento íntimo y original de la nación, por el cual el hombre de la Edad Media se transforma o desaparece.

Observemos un momento la Francia de 1650 y aquella de 1750. En la primera debe recordarse la noche de San Bartolomé; las guerras religiosas, la Liga Santa, la caída de dos reyes bajo la daga asesina, son hechos que no han adquirido el misterio de antigüedad, de los cuales los testimonios oscuros no deben ser raros; cualquiera que vivió su juventud en aquellos años pudo haber estado presente en la toma de la Rochelle, escena con la cual termina la época histórica a la que hemos hecho referencia. Casi nadie se atreve a expresar su duda acerca de la existencia de los duendes y las brujas. Hace apenas unos escasos treinta y siete años, desde que la esposa del Mariscal d'Ancre fue quemada viva por ser una bruja. Un siglo después Montesquieu es un anciano, Voltaire y Rousseau son adultos, la Enciclopedia, si bien no ha sido publicada, ya

ha madurado el mundo intelectual. En todo lo que se refiere a ideas, creencias, costumbres, la revolución del 89 puede ser considerada como virtualmente completa. Para no divagar, consideremos a los países principales de la Europa de hoy día: Inglaterra, Alemania, Italia y España. Ciertamente si la revolución intelectual y espiritual que se ha llevado a cabo en esos países durante el siglo pasado hubiera tenido que depender de las modificaciones orgánicas de sus poblaciones, se hubieran requerido por lo menos muchas decenas de generaciones.

En algunas regiones, que por causas particulares se habían quedado atrás del movimiento general de Europa, la transformación ha sido más rápida, especialmente y sobre todo más profunda. Cualquiera que esté superficialmente familiarizado con la historia de Escocia y Sicilia, puede hacer un parangón entre las condiciones sociales de Escocia en 1748 y el estado en que se encontraba hacia 1848, así como entre las condiciones sociales de Sicilia en 1812 y la situación que existe hoy día.²¹

Por otra parte, los ejemplos de la rápida decadencia de naciones y civilizaciones enteras, no son raras. Se intentan explicar atribuyéndolas a invasiones y destrucciones de los bárbaros; mas se olvida que si un país civilizado cae sujeto a los bárbaros, se debe a un estado de gran agotamiento y desorganización, que son consecuencia de la disolución moral y política; por el contrario, una civilización más avanzada presupone siempre una población mayor y el conocimiento de medios ofensivos y defensivos potentes y eficaces. China

²¹ El rápido progreso de los escoceses montañeses ha sido bien estudiado por Colajanni en *La Sicología Criminale*.

ha sido conquistada dos veces por los mongoles y los tártaros, y la India un sinnúmero de veces por los turcos, los tártaros y los afganos, pero las civilizaciones china e india, en los momentos de las invasiones, había entrado ya en un periodo de decadencia.

La decadencia espontánea de los pueblos civilizados en algunos casos es casi matemáticamente comprobable. Todos los orientalistas saben que la más antigua de las civilizaciones egipcias, la que construyó los canales del Nilo, inventó la escritura jeroglífica y edificó las grandes pirámides, se eclipsó espontáneamente y desapareció tan completamente que hasta hoy día nadie ha podido conocer la razón. Hubo guerras civiles, es todo lo que sabemos; luego vino la oscuridad y la barbarie, de la cual cuatro siglos más tarde una nueva civilización emergió también espontáneamente. Dice Lenormant:

“Empezando con los disturbios civiles en los cuales Nit-agrit perdió su vida; la civilización egipcia entra a un repentino eclipse que hasta hoy ha permanecido inexplicable. Manetho cuenta 436 años entre el final de la VI Dinastía y el inicio de la XI. Durante ese periodo los monumentos estaban absolutamente silenciosos. Es como si Egipto hubiera sido sacudido por el impacto de varias naciones y, cuando reaparece la civilización al final de un largo sueño, parece como si empezara sin ninguna tradición del pasado.”²²

De hecho, Lenormant no niega que las invasiones extranjeras hubieran podido ocurrir

durante el periodo que consideramos, pero en cualquier caso y por encima del hecho de que no hay traza de ello en monumentos e inscripciones, es cierto que deben haber seguido, no precedido, la decadencia de la primera civilización egipcia.

Babilonia, que por tantos siglos fue el foco de la civilización, no fue destruida por sus conquistadores, Ciro, Darío o Alejandro, sino que declinó y desapareció de la escena del mundo por descomposición lenta, por una disolución espontánea. El Imperio Romano de Occidente se sabe que fue destruido por los bárbaros; pero quien conozca mínimamente la historia, sabe que los bárbaros amenazaron sólo a un cadáver, que era muy grande la decadencia del arte, la literatura, la riqueza, la administración pública, en fin, de todas las ramas de la civilización romana, entre los días de Marco Aurelio y Diocleciano; en este periodo los bárbaros atacaron temporalmente algunas provincias, pero no se establecieron en ninguna parte del Imperio, ni hicieron daño duradero alguno. Una gran invasión de los godos ocurrió bajo el emperador Decio, pero fue finalmente repelida por Claudio II. Desoló las provincias orientales del Imperio, pero la civilización greco-romana iba a sobrevivir por muchos siglos en esas mismas provincias. Sin las perturbaciones de invasión extranjera, la España de la segunda mitad del siglo XVII llegó a ser una mera sombra de aquel país que, un siglo antes, había sido la España de Carlos V y, medio siglo anterior, la de Cervantes, Lope de Vega y Quevedo. La rápida decadencia de la península Ibérica ha sido atribuida a la expulsión de los moros, ocurrida principalmente en 1609 bajo Felipe III. Pero la expulsión de los moros afectó solamente algunas provincias, especialmente a

²² *Historie Ancienne de l'orient*. Vol. II, Cap. II.

parte de Valencia y Andalucía, que fueron las que sufrieron menos en el empobrecimiento general con España. Portugal e Italia, que decayeron simultáneamente con España, aunque en una extensión menos sensible, ciertamente no sufrieron la expulsión de los moros.

Todos estos hechos son deficiente o nula-mente explicados por la teoría de evolución orgánica y superorgánica, y la de la selección natural. Con base de estas teorías, un pueblo más altamente civilizado debería ser progresivamente purificado y mejorado por la lucha por la existencia y debía, por medio de la herencia, adquirir sobre otros una ventaja y no perderse en el curso de las naciones al través de los siglos. Por el contrario, nosotros vemos una nación, un grupo de pueblos, ahora saltando con ímpetu irresistible hacia adelante, ahora declinando y arrastrándose miserablemente hacia atrás. Se puede notar un movimiento de progreso que, no obstante las interrupciones y lagunas, empuja a la humanidad siempre más adelante y que la actual civilización aria es de hecho superior a todas las precedentes; pero debemos recordar que cada nuevo pueblo que tiene la buena suerte de civilizarse, tiene que andar menos camino y consumir una cantidad infinitamente menor de esfuerzo porque hereda la experiencia y el conocimiento positivo de todas las civilizaciones que la han precedido.

Es cierto que los germanos de Tácito nunca hubieran logrado en dieciocho siglos formar centros de cultura como Londres, Berlín y Nueva York, si hubieran tenido que descubrir por sí solos la escritura alfabética, los principios fundamentales de matemáticas y el tesoro inmenso de conocimiento que ganaron con su contacto con griegos y romanos. Ni las civili-

zaciones helénica y romana habrían progresado tanto sin la infiltración de la antigua civilización oriental, a la cual de hecho deben las nociones del alfabeto y los rudimentos de las ciencias exactas. La civilización humana progresa siempre no por vía de la herencia orgánica, sino por vía de la herencia científica; aunque encontrándose estancados o convertidos a la barbarie, los descendientes de un pueblo civilizado, por los conocimientos heredados por sus padres, fecundarán la civilización naciente de hordas incultas que se encuentren en condiciones favorables para recoger tan benéficos gérmenes.

Los anglosajones modernos no son descendientes de los romanos ni de los griegos, ni de los semitas de Siria, entre los cuales la religión ha dejado honda huella en los pueblos de Gran Bretaña, como en las colonias a las que dio origen; no son descendientes de los árabes a quienes debemos tanto del conocimiento físico y matemático que los ingleses y los americanos modernos tan maravillosamente han aplicado y hecho productivos. Lo que han heredado no es la sangre, sino los adelantos científicos y psicológicos de los pueblos mencionados. Hay ocasiones en que un pueblo resurge a la civilización, aprovechando la labor intelectual y moral de sus antepasados que, después de alcanzar la civilización, han declinado en la barbarie. Tal es el caso con los antiguos egipcios y con los italianos del Renacimiento; mas este hecho, si lo analizamos con cuidado, suministra un argumento contra de la teoría de que el progreso social depende de la herencia orgánica.

A decir verdad, se reconoce entre los evolucionistas el hecho que antes que la raza aria —y, especialmente la rama germánica de la

misma— otras razas alcanzaron la civilización; pero, se añade, estas razas caducaron o se volvieron estacionarias porque envejecieron o, en otras palabras, porque agotaron toda la suma de energías intelectuales y morales de las cuales pudieron disponer. Verdaderamente la idea de la decrepitud de las razas parece ser el producto de una analogía del todo aparente entre la vida del individuo y la de la comunidad; pero, para adherirnos a lo hechos como los vemos, por la misma razón que los miembros de la comunidad continuamente se reproducen y cada nueva generación tiene todo el vigor de la juventud, una sociedad entera no puede envejecer, como un individuo, cuando sus fuerzas empiezan a declinar.²³ Por el contrario, estamos conscientes de la inexistencia de alguna diferencia orgánica entre los individuos de una sociedad progresista y los individuos de una sociedad decadente.

Las sociedades declinan por envejecimiento a causa de los cambios en el tipo de su estructura social; las creencias religiosas, las costumbres, los prejuicios, las tradiciones sobre las cuales las instituciones políticas y sociales están fundamentadas, envejecen y se tornan gradualmente obsoletas; pero todos estos son elementos sociales en los cuales los cambios se llevan al cabo mediante la interposición de nuevos factores históricos con los cuales un pueblo se encuentra por coincidencia o, al través de una lenta y automática evolución intelectual, moral y social, que en el seno de un pueblo se puede producir. Es difícil en realidad aceptar que los cambios de la constitución física de una raza participan de alguna manera en el juego de tales cosas. Sería difícil

demostrar que los sesos de un francés del tiempo de Voltaire estaban constituidos en forma diferente a los sesos de sus bisabuelos, que cometieron la matanza de San Bartolomé y organizaron la Liga Santa. Es muy fácil demostrar que, en un poco más de un siglo y medio, la situación económica y política de Francia y su atmósfera intelectual se han alterado radicalmente.

La creencia es que todas las civilizaciones no arias, la egipcia, la babilonia, la china antigua y moderna, han sido y son uniformemente estacionarias, lo que parece efecto de una ilusión óptica proveniente del hecho de que las vemos desde muy lejos. Tal es el caso de las montañas de Sicilia, que vistas de lejos bajo ese cielo límpido y transparente, parecen unas lindas paredes azules que cierran el horizonte con una perpendicularidad uniforme, pero que de cerca se ven totalmente diferentes puesto que cada una encierra su pequeño mundito de ascensos, descensos e irregularidades de toda clase. Los monumentos caldeos y egipcios han mostrado de un modo indudable, los ascensos y descensos, las épocas de decadencia y las épocas del renacimiento y del progreso, en diversos lugares, tanto en las riberas del Nilo como en las riberas del Eufrates y del Tigris.²⁴ En cuanto a China, su civilización ha durado maravillosamente y sin interrupción por miles de años, pero no se puede decir que siempre ha permanecido estancada: sabemos bastante la historia china para estar seguros de que la organización política y social del Imperio Celeste ha pasado por modificaciones intensas en el curso de los siglos. China tuvo un periodo feudal y ahora existe una burocracia reclutada con exámenes de

²³ Tomamos esta expresión de Henry George, *Progress and Poverty*, Libro X, Cap. 1, última página.

²⁴ Lenormant, Maspero, Brugsch.

selección. Por su parte, en China la religión y el régimen de propiedad también han atravesado las más variadas vicisitudes.²⁵

Resumen de la teoría evolucionista

En su *Evolución de la morale*, Letourneau atribuye el progreso en las sociedades humanas a un proceso orgánico por el cual una buena acción, que sería la acción útil, deja su huella sobre el cerebro y los centros nerviosos del individuo que la realiza y que, repetida, reiteradamente, produce una tendencia a la continuación del mismo acto, que es transmitido a los descendientes. Pero, en primer lugar, se podría preguntar por qué las acciones malas, en otras palabras, las dañinas no dejan huellas parecidas y, en segundo lugar, en lo que se refiere a actos útiles, se podría preguntar: ¿útiles para quién? ¿Para el individuo que las hace o para la sociedad? Las dos utilidades están separadas y distantes; para que valgan habría sido necesario tener poca experiencia del mundo para sostener que una acción que es útil a la sociedad es generalmente útil para el individuo que la ejecuta y viceversa. Pero supongamos que regresemos y dejemos a Letourneau que hable por sí mismo:

“Así como los cuerpos fosforescentes recuerdan la luz, la célula nerviosa recuerda sus actos íntimos, pero en formas que son infinitamente más variados y persistentes. Cada acto que ha sido ejecutado a instancias de una sola célula nerviosa, deja en la célula una especie de residuo funcional que

de ahí en adelante facilitará repeticiones del acto y algunas veces lo provocará. Tal reiteración de hecho llegará a ser más fácil cada vez y al final se llevará al cabo espontáneamente, automáticamente, por el tiempo en que la célula nerviosa ha adquirido una inclinación, un hábito, un instinto, una necesidad.”

Y de nuevo dice:

“Las células nerviosas son esencialmente mecanismos de impregnación. Cada corriente de actividad molecular que las atraviesa deja una trayectoria revivificante sobre ella. Por repetición suficiente, estas trayectorias llegan a ser orgánicas, fijas, son transmitidas por herencia y cada una de ellas tiene una tendencia correspondiente, una inclinación correspondiente que se manifestará a su debido tiempo y contribuirá a la formación del llamado carácter. Este cuadro general debe preservarse a la vista si ha de tener alguna comprensión del origen y de la evolución de la moralidad.”

Prosiguiendo más adelante con la misma idea, añade:

“En sus aspectos esenciales, las éticas son utilitarias y progresivas. Sin embargo, una vez que se han formado, una vez que se han establecido en los centros nerviosos, las inclinaciones morales e inmorales desaparecen tan lentamente como son cubiertas de carne. Con frecuencia aparecen atavísticamente y, en tales casos, de pronto vemos especímenes morales de la Edad de Piedra surgiendo en plenitud en medio de una sociedad relativamente civilizada o tipos he-

²⁵ Rousset, *A Travers la Chine*; Mechnikov, *La Civilisation et les Grands Fleuves Historiques*; Elisée Reclus, *Nouvel le Geographe Universelle*, Vol. III.

roicos floreciendo en una civilización mercantil."²⁶

Estas citas son suficientes para dar una idea más o menos exacta del concepto fundamental del autor. Nos ayudarán, además, para darnos una idea más o menos clara de los argumentos de toda aquella escuela que fundamenta la sociología con base en las ciencias antropológicas.

La hipótesis, por cuanto atractiva y atrevida, no da un valor a la ciencia sólo conforme la experiencia; en otras palabras, por demostraciones basadas en hechos. No tenemos la intención de discutir aquí la autenticidad del complicado proceso orgánico que encontramos expuesto en el libro de Letourneau con igual precisión y seguridad. Pero los hechos son siempre hechos, teniendo el mismo valor científico si están derivados de estudios de las células nerviosas, del color del cabello, de las medidas del cráneo de cualquier raza o de observaciones de las sociedades animales o de los propios estudios de la historia humana. La única clasificación en orden de importancia que es permisible, es aquella que distingue cuidadosamente los hechos comprobados que, por ejemplo, no han sido descubiertos y defendidos por los mismos hombres que han elaborado teorías acerca de ellos, de los hechos dudosos e inadecuadamente comprobados por el matiz de los prejuicios del observador. Ahora toda la historia demuestra cómo el progreso de las sociedades humanas no sigue el curso que debería seguir si las teorías de la escuela antropológica fueran consistentes; antes de que podamos aceptar estas teo-

rías, se requiere sujetarlas a una modificación. Se tiene que admitir que el hombre civilizado es capaz de civilizar, que ciertamente no es un recién llegado a la faz de la tierra y que ha experimentado en sus células nerviosas tantas y tan variadas impresiones morales que puede adoptar las tendencias y hábitos más disparatados: tanto aquellos que conducen a una sociedad hacia un progreso intelectual, moral y político, cuanto los que lo conducen hacia la decadencia y la ruina.²⁷

El método histórico

Más, así calificada, la teoría antropológica no tiene ya ningún valor práctico, no puede enseñarnos alguna cosa que no sepamos, y más vale la pena intentar la búsqueda de resultados científicos por otra vía, por cuanto ardua pueda ésta ser. La verdad es que fundándose en la variedad del clima, ninguna ley general ha podido administrar la explicación de la organización de las sociedades humanas y de la variedad de tipos que ellas presentan, como no ha sido encontrada ninguna ley basada en la diversidad de las razas y que es imposible atribuir al mejoramiento o la decadencia orgánica el progreso o la ruina de las naciones.

Cualquiera que haya viajado ordinariamente llega a la opinión de que los hombres, de-

²⁷ Véase Fouillée, *La Psychologie des Peuples et L'anthropologie*. Este artículo sostiene prácticamente la misma tesis que enunciamos aquí, con argumentos más o menos similares. Fouillée escribe: "Los factores étnicos no son sólo factores, ni son los más importantes que figuran en el carácter nacional, Educación uniforme, entrenamiento similar, creencias comunes, hacen más por las diferencias en todo el conjunto racial", Colajanni y Metchnikov también son vigorosos y brillantes escritores de combate que están inclinados a exagerar la importancia de la raza como factor social.

²⁶ *Evolution de la Morale*, Caps. II y XX.

bajo de las diferencias aparentes de costumbres y hábitos, en el fondo son psicológicamente muy parecidos. Quien haya leído la historia en profundidad, llega a una convicción análoga con respecto a las diferentes épocas de la civilización humana; profundizando en documentos que nos informan cómo los hombres de otros tiempos sintieron, pensaron, vivieron, la conclusión a la cual se llega siempre es idéntica: que ellos eran muy similares a nosotros. Esta semejanza psicológica es siempre más fuerte en los pueblos que han alcanzado los mismos niveles de civilización, que en los pueblos que están entre sí más cerca cronológica y etnográficamente. En su manera de pensar, un italiano moderno o un alemán están más próximos al griego del tiempo de Platón o Aristóteles, de lo que están de sus propios antepasados del Medioevo. Basta consultar la literatura de las diversas épocas para encontrar que esta afirmación es cierta.

Esta identidad psicológica y el hecho de que las grandes razas —que formando cuatro quintos de la humanidad— se han mostrado capaces ante las vicisitudes del progreso y de la decadencia, nos inducen a adelantar la hipótesis de que aunque el resultado de toda la indagación que hasta aquí hemos hecho es negativa, el hombre o al menos las grandes razas humanas, han tenido la tendencia constante a constituirse en sociedad; en este sentido, existen tendencias igualmente fuertes y constantes que señalan un grado siempre mayor de cultura y de progreso social, tendencias que empujan con más o menos fuerza pero que pueden ser sofocadas de acuerdo con los ambientes físicos con los que se encuentran, complejo de circunstancias que pueden ser más o menos fortuitas, incluyendo las obstrucciones de los ambientes sociales que tam-

bién expresan tendencias psicológicas igualmente humanas y universales.²⁸

En el fondo es un proceso orgánico, pero más complicado, similar al que se desarrolla en toda la naturaleza animal y vegetal. Una planta tiene una tendencia muy fuerte a extenderse y multiplicarse, tendencia que puede estar secundada o combatida por el ambiente físico, por las condiciones de la humedad y del clima, por el caso fortuito del viento y los pájaros que fertilizan o desparraman la semilla, por las características propias de la planta, la mayor o menor resistencia que ofrece a las enfermedades que la atacan. Un proceso similar prosigue esa rama de actividad social, que ha sido tan estudiada y que se refiere a la producción de la riqueza; producción que ha tenido una tendencia a aumentar ilimitadamente, pero que más o menos ha estado obstaculizada por dificultades naturales, siendo hasta cierto punto un caso fortuito, porque también es limitada por la ignorancia, la avaricia y las actitudes mentales de los seres humanos.

El hombre ni crea ni destruye cualesquiera de las fuerzas de la naturaleza, pero puede estudiar su manera de actuar y dirigirla hacia su propia ventaja. Este es el procedimiento en la agricultura, en la navegación, en la mecánica; al seguirlo, la ciencia moderna ha sido capaz de lograr resultados milagrosos en esos cam-

²⁸ Para probar que lo que llamamos *fortuito*, es decir, una serie de circunstancias que escapan al control humano y la previsión, tiene su influencia en los destinos de las naciones, necesitamos solamente reflexionar sobre el pasado de una nación para observar su destino frecuentemente vinculado al resultado de una sola batalla (por ejemplo, Plataea, Zama, Jerez, Pitiers, Hastings); especialmente antes de que las guerras se entablaran de acuerdo con principios científicos, la oportunidad jugaba una gran parte en el resultado de la misma.

pos de su actividad. El método ciertamente no puede ser diferente cuando se trata de las ciencias sociales; de hecho es el método que ya ha dado discretos resultados en la economía política. Pero no debemos disimular el hecho de que en las ciencias sociales en general, las dificultades por superar son inmensamente mayores; no solamente es la mayor complejidad de las leyes psicológicas, o las tendencias constantes que son comunes a la masa humana, lo que hace difícil determinar su acción; pero es indiscutible que es más fácil observar los hechos que suceden *en torno* a nosotros, que observar las cosas que nosotros mismos hacemos. El hombre puede estudiar mucho más fácilmente los fenómenos de la física, de la química, de la botánica, de todo aquello que son sus propios instintos y sus propias pasiones.

Debemos recordar los *diversos prejuicios* que, de acuerdo con Spencer, se oponen al progreso de las ciencias sociales. Seguramente los estudiosos de ciencias políticas tienen que mirar objetivamente la nacionalidad, la religión, los partidos políticos, las doctrinas políticas, tratándolos sólo como fenómenos del espíritu humano. Pero el precepto es más fácilmente dado a otros que aplicado a uno mismo. Debemos confesar que la necesaria objetividad para conducir con buen resultado este género de observaciones será siempre el privilegio de una restringida fracción de individuos dotados de una aptitud especial y de una particular educación intelectual; y dado que estos individuos logran resultados científicos, es muy problemático el que puedan participar en la modificación, con base en la acción política, de grandes sociedades humanas. Lo que sucede en la economía política es instructivo; el libre cambio es considerado unánimemente

por los expertos desapasionados de esta ciencia, como ventajoso, en tanto que las naciones más civilizadas se están tornando más ferocemente proteccionistas.

Nuevos aportes del método histórico

Lo que pueda tener valor práctico en la ciencia política del futuro se basará en el progreso de la disciplina sobre el estudio de los hechos sociales; y esos hechos se pueden encontrar solamente en la historia de las diversas naciones. En otras palabras, la ciencia política debe estar fundamentada en el estudio y la observación de los hechos políticos, por lo que es al método histórico al que debemos volver. Contra este método se elevan diversas objeciones más o menos graves, a las cuales brevemente responderemos.

Se dice, en primer lugar, que muchos autores, comenzando por Aristóteles y continuando con Maquiavelo y Montesquieu, incluyendo a los pensadores de nuestros días, han usado el método histórico y que, aunque muchas de sus observaciones parciales han sido universalmente reconocidas como fundadas y como verdad científicamente comprobada, ningún sistema verdaderamente científico ha sido encontrado aún.

Lo que ya dijimos del método positivo en general puede ser dicho también del método histórico en particular: que para rendir buenos resultados debe ser bien aplicado, pero cuya condición indispensable es un conocimiento amplio y exacto de la historia, y eso no estuvo al alcance de Aristóteles, Maquiavelo o Montesquieu, ni de otros escritores que hayan vivido sólo un siglo atrás. Las grandes

síntesis se pueden ensayar sólo después de que un vasto conjunto de hechos ha sido acumulado y verificado por el método científico: es cierto que la información histórica no faltaba por supuesto en los siglos del pasado, pero descansaba casi exclusivamente sobre periodos aislados regresando a los inicios del siglo pasado, la civilización greco-romana y la historia de las naciones modernas europeas eran conocidas en cierta extensión, pero en lo que se refiere al pasado del resto del mundo nada sabíamos, excepto las leyendas más vagas y las tradiciones más inciertas. Aún dentro de las restringidas partes de la historia que acabamos de mencionar, el conocimiento que se podía adquirir no era perfecto; el sentido crítico aún no se había desarrollado, nada se sabía de la investigación documental paciente, de la interpretación detallada y precisa de inscripciones que no solamente han precisado los márgenes generales de las acciones de los grandes caracteres históricos, sino revelado en detalle las costumbres sociales y la organización política y administrativa de los diferentes pueblos, que son más interesantes para el estudio de la ciencia política que las proezas personales de los grandes guerreros y soberanos.

El conocimiento exacto de la geografía física, la etnología y la filología comparada han iluminado los orígenes y las vinculaciones sanguíneas de las naciones; la prehistoria, que ha revelado la antigüedad del género humano y de ciertas civilizaciones; la interpretación de los alfabetos jeroglíficos cuneiforme e hindú antiguo que han descubierto los misterios de las civilizaciones orientales ahora extintas, son conquistas del siglo XIX. Durante el mismo siglo, las neblinas que envolvían la historia de China, Japón y otras naciones del Lejano Oriente, fueron por lo menos parcialmente di-

sipadas y en parte más exactamente estudiados los registros de las antiguas civilizaciones americanas. Finalmente, durante ese siglo los estudios estadísticos comparativos vinieron a ser de uso general, facilitando así el conocimiento de las condiciones de pueblos tan lejanos. No puede haber duda acerca de ello; donde el investigador de ciencias sociales solamente podría adivinar, ahora tiene los medios para observar y los instrumentos y materiales para demostrar.

Aristóteles conocía imperfectamente la historia de las grandes monarquías asiáticas; su conocimiento probablemente se limitaba a lo que Herodoto y Jenofonte habían escrito, y a lo que él había podido saber de los veteranos de Alejandro, quienes tenían poca comprensión por los países que habían conquistado. El único tipo político que conocía era el Estado-ciudad griego de los siglos IV y V antes de nuestra era y poco o nada de esto había podido aprender del resto del mundo. En estas condiciones, su *Política* representa un esfuerzo intelectual maravilloso y su clasificación del gobierno en monarquías, aristocracias y democracias, que ahora se puede considerar como superficial e incompleta, era ciertamente la mejor que la mente humana podía establecer.

El único modelo del Estado que Maquiavelo tenía directamente ante sí era la comuna italiana de fines del siglo XV, con sus alternativas de tiranía y anarquía, en la cual el poder fue ganado o perdido en un juego de violencia y trucos, con la ganancia para aquel que fuera el más mentiroso o el último que lanzaba el puñal; así podemos comprender cómo este modelo lo debe haber impresionado intelectualmente para que escribiese *El Príncipe*. El hecho de que su información estaba circuns-

crita casi exclusivamente a tal historia romana, como la que pudo ser conocida en su época, y a la historia de las grandes monarquías modernas, que un poco antes se habían formado, explican sus *Discursos sobre las décadas, las historias y sus cartas*. Montesquieu no tuvo otro modo de conocer la historia del Oriente del que tuvo Aristóteles sobre Grecia y Roma, ni más profundo que el de Maquiavelo y en cuanto al conocimiento de las instituciones y la historia de Francia, Inglaterra y de Alemania, lo que iba a la par con su magro conocimiento de otros países, lo que explica su teoría favorable a los países fríos.

Otra objeción que se ha hecho al método histórico, que no es más fundada que la objeción de arriba, pero ciertamente más atractiva, es tal que a los ojos de algunos puede parecer muy seria y hasta insuperable. Se relaciona con la poca confiabilidad de los materiales históricos. Se alega comúnmente que, con todo y sus muchos esfuerzos, los historiadores con frecuencia fracasan en entrar la verdad; que es difícil descubrir con exactitud cómo se determinan los hechos que sucedieron en nuestros pueblos en el año en curso. Así es que, virtualmente, es imposible obtener datos que sean dignos de creerse cuando se trata de tiempos y lugares lejanos. Nadie olvida señalar contradicciones entre los diferentes historiadores y las mentiras que se dicen unos a otros, las pasiones por las cuales se inclinan comúnmente y se concluye que no hay deducción segura, que ninguna verdadera ciencia se puede derivar de hechos que son siempre muy dudosos e imperfectamente conocidos.

No es difícil contestar a tales argumentos. En primer lugar, se puede notar que sólo cuando no tenemos interés en aprender la verdad,

o carecemos de los medios para hacerlo, o cuando los intereses se oponen a que lo logremos, fracasamos en aprender la verdad exacta de los sucesos contemporáneos. Si tales obstáculos no están presentes, cualquiera que esté dispuesto a gastar tiempo y dinero puede siempre, por una investigación más o menos intensa, descubrir la marejada de diversas versiones, dimes y diretes de cómo llegó a suceder exactamente. O por los hechos históricos, cuanto más antiguos son, tanto más débiles son los intereses que se dirigen a distorsionar el conocimiento exacto que se refiere a ellos, y debemos suponer que el historiador tuvo la paciencia y el tiempo necesario para desenredar la verdad concerniente a ellos.

De mucho mayor importancia es una segunda observación, que ahora hacemos, de nuestro propósito. Los hechos históricos en los que reina y se regenera siempre la mayor incertidumbre, son los anecdóticos y biográficos, que pueden interesar la vanidad o el prestigio de un hombre, de una nación, de un partido. Es especialmente en estos hechos que las pasiones de un escritor podrían ser la causa involuntaria de los errores; pero, afortunadamente, este género de hechos interesan escasamente al estudioso de ciencia política, al cual importa bien poco si la batalla fue ganada por el mérito de un comandante o perdida por la culpa de otro, o si un asesinato político es más o menos justificable. Al contrario, existen otros hechos que conciernen al tipo y la organización sociales de diversos pueblos y diversas épocas; y en este sentido, tales hechos, que son de mayor interés que los historiadores mismos, espontáneamente y sin distorsión, expresan la verdad; los documentos y los monumentos son más ilustrativos que los propios historiadores.

Probablemente nunca sepamos cuándo vivió exactamente Homero, ni la ciudad donde nació, ni los episodios que marcaron su vida. Estos problemas pueden tener un cierto interés para el crítico o para el literato a quienes les interesa conocer los detalles más minuciosos acerca de la vida del autor de la *Iliada* y de la *Odisea*; pero tienen muy poco interés para el politólogo que estudia el mundo psicológico y sociológico descrito por el gran poeta, mundo que, aunque embellecido por la fantasía del juglar, debió realmente haber existido en una época un poco anterior a Homero. Nadie conocerá la raza del perro de Alcibiades, el color del caballo de Alejandro, los errores y los méritos de Temístocles, cómo fueron formulados los discursos de Pericles, si Agesilao era cojo de la pierna derecha o de la izquierda; pero está indiscutiblemente probado que en la Hélade, en el siglo IV antes de Cristo, había un tipo de organización política que conocemos bien y conoceremos mejor a medida que descifremos las inscripciones y los monumentos que sean descubiertos y estudiados junto a la diversa variedad, la especialidad y la particularidad de la estructura administrativa, económica y militar.

Nadie probablemente conocerá nunca nada exacto sobre la vida del rey egipcio Kéops de la IV dinastía, a pesar de la gran pirámide que ordenó que fuera construida como tumba; nunca se tendrá la biografía exacta de Ramsés II de la XVIII dinastía, aunque el poema de Pentauro celebre sus victorias verdaderas o supuestas; pero nadie podrá dudar que, treinta o cuarenta siglos antes de nuestra era, existía en el valle del Nilo una sociedad numerosa, organizada, civilizada, y que el espíritu humano debió hacer un prodigioso esfuerzo de paciencia y originalidad para elevarla de la barbarie. Nadie puede dudar que esta sociedad, modifi-

cándose siempre en el transcurrir de los siglos, tenía creencias religiosas, conocimientos científicos y una maravillosa organización administrativa y militar que casi puede ser comparada con las de los Estados más civilizados de nuestro tiempo.²⁹

Es lícito dudar si Tiberio y Nerón eran tan pícaros como Tácito los había descrito; si era exagerada la idiotez de Claudio, la lascivia de Messalina y la pasión de Calígula por su caballo. Pero no podemos negar la existencia del Imperio Romano y la posibilidad de que sus emperadores pudieran cometer crímenes y equívocos que no hubiesen sido tolerados en otros tiempos y tipos de organización política. No se puede poner en duda que, en los primeros siglos de nuestra era, una gran civilización concentrada en un gran Estado, abarcaba toda la cuenca del Mediterráneo; de este Estado conocemos con suficiencia, y aún conoceremos mejor, la legislación y la perfeccionada organización financiera, administrativa y militar. Podemos tentativamente concluir que Sakiá-Muni era enteramente un mito, que Jesucristo no fue crucificado, incluso que nunca existió, pero nadie negará la existencia del Budismo y del Cristianismo como dogmas y preceptos morales sobre los cuales fueron fundados; nadie negará que estas dos religiones, que se han difundido tanto y por tanto tiempo, deben responder a sentimientos y necesidades psicológicas muy extendidas en las masas humanas.

²⁹ Hubo periodos en los cuales los cargos públicos parecen haber sido asignados tras exámenes y los oficiales del ejército educados y entrenados en escuelas militares especiales.

Condiciones para la aplicación del método histórico

En conclusión, mientras la anécdota y el detalle biográfico han tenido influencia sobre la historia de las naciones, parece innegable que pueden ofrecer una pequeña ayuda para descubrir las grandes leyes psicológicas que se manifiestan en la vida de las naciones. Estas leyes revelan las acciones de las instituciones administrativas y judiciales en las religiones, en los hábitos políticos y morales de los diversos pueblos y, por tanto, en esta categoría de hechos es donde debemos concentrar nuestra atención.

Con referencia a tales hechos, creemos difícil y escasamente útil establecer criterios precisos de preferencia. En verdad cualquier noticia histórica o contemporánea que se relacione con las instituciones de un pueblo políticamente organizado, que haya reunido una masa más o menos numerosa y haya logrado cierto grado de civilización, puede ser muy interesante. Si se puede hacer una recomendación a propósito, es ésta: que evitemos derivar todas las observaciones de un grupo de organismos políticos que pertenezcan al mismo periodo histórico o presenta el mismo o no muy diferente tipo de civilización. Por ejemplo, si la única historia que consideráramos es la de los Estados griegos en la época de Pericles, podríamos dejarnos llevar por la creencia que la historia del mundo se reduce a una lucha entre el helenismo y la barbarie o entre la democracia y la aristocracia (o mejor dicho, entre dos oligarquías, una más restringida, la otra más extensa). Si pensáramos solamente en Europa entre 1500 y 1600, podríamos concluir que todo el movimiento de la humanidad resulta del conflicto entre el catolicismo

y el protestantismo o entre las civilizaciones europeas y mahometanas.

Spencer, como ya lo habíamos mencionado, en sus *Primeros principios de sociología*, ha tratado de prevenir a los estudios de ciencias sociales contra lo que él llama *las perversiones del juicio*, que consisten en la *desviación* contra ciertos hábitos del espíritu humano por la cual el observador mira los hechos sociales desde el punto de vista unilateralmente subjetivo y restringido, lo que no produce resultados erróneos. Ahora, para reparar este inconveniente, no basta advertir que el inconveniente existe, sino que el espíritu debe ser preparado para evitarlo. El conocimiento de un prejuicio político, de un prejuicio nacional, religioso o antirreligioso, no evita que una persona que esté educada en la creencia de que una forma dada de gobierno basta para regenerar la humanidad, de que su nación es la primera del universo, de que su religión es la verdadera o de que el progreso humano no consiste en la destrucción de todas las religiones —cuando se lleva a la práctica la teoría *spenceriana*— no se evita que pueda caer en uno o en varios de estos prejuicios. La verdadera salvaguarda contra esta especie de error está en saber elevar el criterio propio sobre las creencias y opiniones que son generales en la época o en el tipo social o nacional del que formamos parte: el conocimiento, que responde al concepto ya mencionado, implica el estudio de muchos hechos sociales con un conocimiento amplio y completo de la historia, no de un periodo o un pueblo, sino posiblemente de la humanidad entera.

En nuestros días prevalece en el estudio social la tendencia a considerar con especial cuidado a los organismos políticos simples y más

primitivos. Algunos sociólogos se remontan lo más lejos posible y analizan en las sociedades escrupulosamente animales —rastreado en los panales, los hormigueros y los cubiles de los cuadrúpedos y cuadrumanos— los primeros orígenes de los sentimientos sociales que encuentran su completa expresión en los grandes organismos políticos humanos. La mayoría se adhiere a las organizaciones de las tribus salvajes y a todas las circunstancias que, al referirse a tales pueblos, son atentamente anotadas y registradas. Las relaciones de viajeros que han vivido entre los salvajes, han adquirido una particular importancia y sus citas llenan los volúmenes modernos de sociología.

No diremos que estos estudios son completamente inútiles, ya que es difícil encontrar alguna aplicación del espíritu humano que sea completamente estéril; pero ciertamente no parecen ser las mejor adaptadas para proporcionar sólidos materiales para las ciencias sociales en general y para la ciencia política en particular. Primero que todo, podemos observar que las narraciones de los viajeros son ordinariamente más subjetivas, más inciertas y contradictorias que los datos de los historiadores y, sobre todo, menos sujetas al control de los documentos y de los monumentos. Un individuo que se encuentra en medio de hombres de una civilización muy diferente a la cual está habituado, generalmente la observa desde ciertos puntos de vista especiales, y por tanto, cae más fácilmente en el error. Heródoto, que fue el más grande viajero de la antigüedad, y como observador situado muy lejos de la superficialidad, no obstante reportó muchas incorrecciones sobre ciertos fenómenos de la civilización oriental por su hábito a la civilización griega. Si se pudieran cotejar los datos de los viajeros modernos con

documentos auténticos, como se ha hecho con los de Heródoto, difícilmente pudieran probar ser nada más exactos. Creemos que, para iluminar las verdaderas condiciones sociales de un pueblo dado, vale más un documento auténtico, tal como las Leyes de Manu, los fragmentos de las Doce Tablas o el Código de Rotari, que las relaciones de viajeros cuya narración puede ser muy útil para ilustrar y comentar tales documentos. En el caso de los pueblos primitivos, por supuesto, ninguna clase de documentos se encuentran disponibles.

En segundo lugar, y para este argumento es decisivo, los hechos sociales pueden ser recolectados solamente en una sociedad humana, y por sociedad no queremos entender una aglomeración de unas cuantas familias, sino lo que comúnmente se entiende como una nación, un pueblo, un Estado. Las fuerzas psico-sociales no pueden desarrollarse y encontrar una aplicación sino en grandes organismos políticos en los cuales existe una numerosa reunión de hombres, moral y políticamente unificados. En el grupo primitivo, en una tribu de cincuenta a cien individuos, el problema político no existe y por tanto, no puede ser estudiado.

La monarquía, por ejemplo, es bastante fácil de explicar en una tribu pequeña en la cual el macho más fuerte y más astuto fácilmente se impone a sus escasos compañeros; pero debemos considerar otros elementos antes de que podamos percatarnos del establecimiento de tal institución en una sociedad de millones de individuos, en la cual uno solo no puede materialmente imponerse a la totalidad de los otros, por más hábil y enérgico que pueda ser, no tardando en encontrarse que las masas de su alrededor contienen cientos de indivi-

duos que, al menos potencialmente, son tan hábiles y enérgicos como él. Se puede fácilmente comprender cómo unas cuantas docenas o incluso unos cuantos cientos de individuos, que viven unidos, estando moral pero no materialmente aislados del resto del mundo y presentan una unidad determinada de tipo mental, llegan a mantener un vivo sentimiento de tribu y de familia. Pero para comprender esto se necesita bien poco cuando se trata de explicar por qué una identidad del tipo moral, un sentimiento nacional intenso, existen en aglomeraciones humanas de decenas y a veces, como el caso de Rusia y de China, de centenas de millones los individuos casi siempre viven muy distanciados de sus congéneres, donde la gran mayoría está desvinculada de cualquier encuentro personal y donde, cada grupo en particular, confronta condiciones de vida materialmente muy diferentes.

Se dice que el estudio de entidades políticas minúsculas es útil porque muestran en embrión todos los órganos sociales que gradualmente se desarrollarán en sociedades más grandes y progresistas, y se cree que es más fácil estudiar sus mecanismos por cuanto son

más rudimentarios, que sus formas más complejas. Pero la comparación, hoy tan frecuente, de las organizaciones de la sociedad humana con las de los individuos del reino animal, nunca nos ha parecido menos adecuada y oportuna para este caso. Se puede fácilmente ir contra de la tesis en favor de la cual fue invocada; no creemos que ningún zoólogo trataría de resolver problemas de anatomía y fisiología en vertebrados de sangre caliente, estudiando los animales inferiores; y no es cierto que por la observación de las amibas y pólipos se descubriera la circulación de la sangre y tampoco es cierto que determinara las funciones del corazón, del cerebro y los pulmones en el hombre y de otros animales superiores.

Los argumentos arriba señalados prueban la bondad del método histórico, a que hemos hecho referencia. Estos argumentos se basan en la buena aplicación del método para demostrar, con ejemplos prácticos, que utilizando todos los materiales históricos que la ciencia de este siglo* ha puesto a nuestra disposición, se pueden dar resultados verdaderamente científicos.

* El siglo XIX. (Nota del E.)